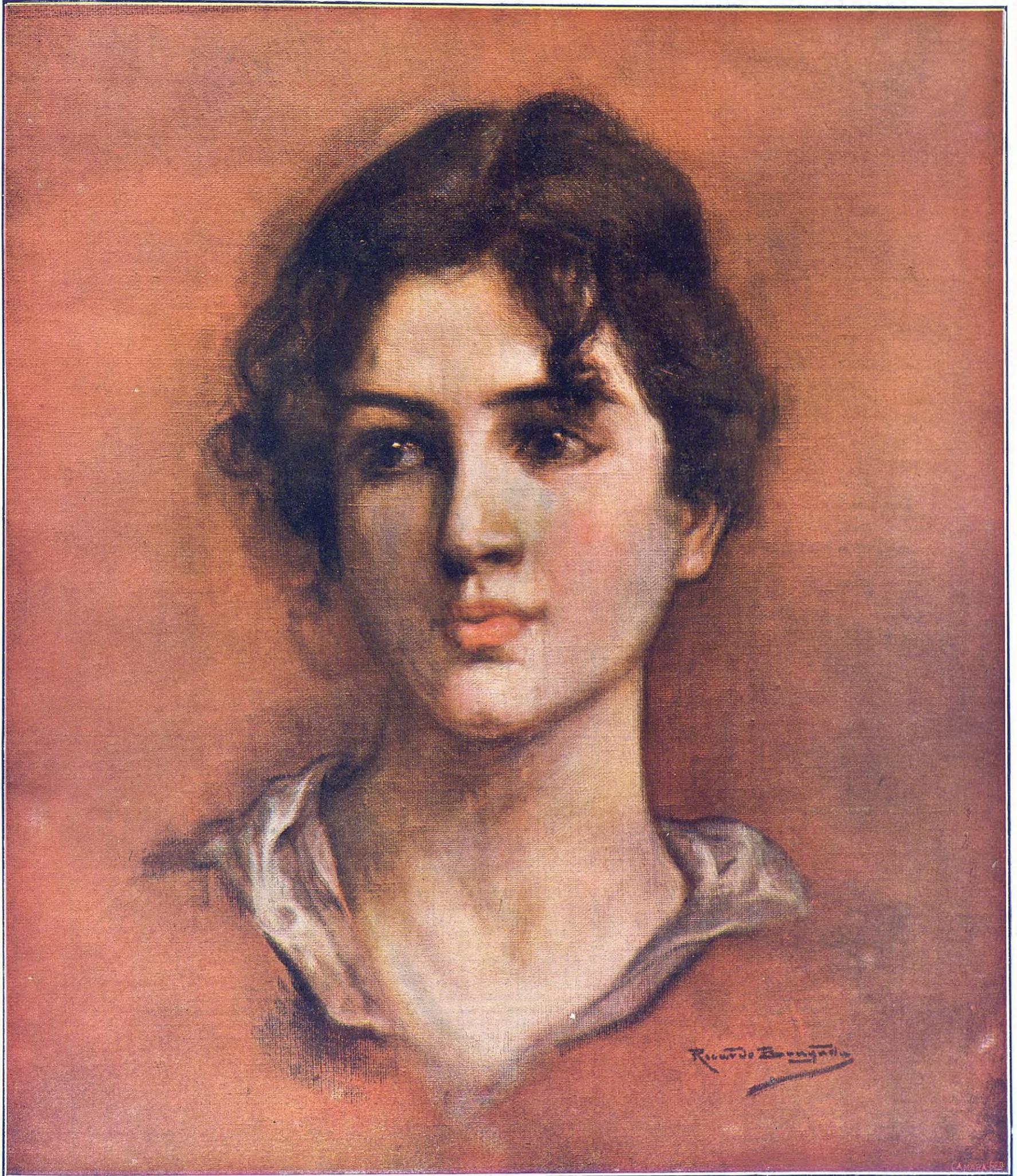


La Esfera

29 Julio 1916

Año III.—Núm. 135

ILUSTRACION MUNDIAL



SERENIDAD, cuadro de Ricardo Brugada



DE LA VIDA QUE PASA

Los que se aburren solos

HACE unos días leí en *El Liberal* un ingenioso artículo, parte de un libro que ha publicado recientemente el notable escritor Luis de Tapia. Consideraba ese trabajo lo aburrido que vive el hombre desde la cuna á la mortaja, y los esfuerzos que hace para ver si no se aburre: el teatro, el tren, la amistad, el amor, la charla frívola de la tertulia, los deportes...; á todo hay que acudir en el combate contra el aburrimiento, el cual, sin embargo, perdura.

Esas mismas consideraciones cien veces las oí, y á cien personas, y no he podido explicármelas jamás. Yo comprendo—y conozco—la desesperación, la esperanza, la alegría, la tristeza, todas las afecciones del espíritu, mas del aburrimiento no tengo la menor noción. Me es completamente inexplicable cómo un hombre con algo de vida interior, pueda aburrirse. Esa frase de bajo léxico, «aburrido como una ostra», creo que encierra un compendio de alta filosofía, porque, en efecto, es menester que el fósforo de nuestro organismo sólo exista como existe en el molusco ese, para que no tengamos con

qué, ni qué pensar, y para que vivamos aburridos.

Generalmente los hombres se reúnen para no aburrirse; ignoran que mil veces el mejor medio para no aburrirse es estar solo. Un hombre ante otros se encuentra, en cierto orden, ante partículas de la humanidad; un hombre solo, se encuentra ante la inmensidad, el Universo enteros. La gente nos distrae—en el sentido literal y exacto de la palabra—de nosotros mismos, y en cuanto nos aislamos, nos recobramos, y podemos pensar, elevarnos hasta lo más alto, en algo como aviación soberana del espíritu. ¿Es esto la misantropía? ¿Es esto la homofobia? ¡Qué ha de ser! Sin la vida de relación, sin el trabajo en común, ni artes, ni ciencias, ni industria, ni progreso, ni nada, existirían; pero luego que dió uno su contribución á la sociedad y recibió la de ella, ¿qué mejor para el hombre que descansar del trato de los hombres?

Cuando en la soledad de un campo, en el último banco del último rincón de un paseo, se nota á un individuo como triste, como ensimis-

mado, suele decirse: ¡Qué aburrido está! Y no está aburrido; tenéis la prueba de que el libro ó el periódico que trajo, están abandonados á su lado; ya no los necesita; ya de ellos, á lo sumo, recibió el impulso para pensar solo, y piensa en lo que más le gusta, y crea, y se ennoblece, y con todo su aspecto de melancolía, ahora es feliz. ¡Pobres de los que no saben estar solos y como la oveja que se perdió de la manada, se aburren y aun se asustan de la soledad! Porque es verdad que sin contacto con los hombres no pueden hacerse muchas cosas; pero no es menos cierto que con ellos, muchas, y de las más altas, no se podrían hacer. Sin los hombres, Miguel Angel no habría sabido nunca la mecánica de la escultura; pero sin aislarse mucho y muchas veces de ellos; sin pensar en nobles diálogos consigo y en sí mismo, la divina estatua del Moisés no existiría.

CLAUDIO FROLLO

FOTOGRAFÍA DE CORTÉS

LA GUERRA EN ALSACIA



Vista parcial de una ciudad ocupada por las tropas francesas

FOT. HUGELMANN

PÁGINAS ARTÍSTICAS



PAISAJE TOLEDANO, por Enrique Vera

F L O R Y F R U T O



ALVARO.—Yo creí que me despreciaba usted...

TERESA.—No comprendo.

ALV.—Sí... Yo sabía que era usted, que es usted una mujercita muy moderna, con ideas propias... La noche que nos presentaron me pareció notar en usted una sonrisita burlona para el novio formalito, dispuesto á matrimoniar en seguida con su hermana...

TER.—Se equivoca el caballero... Y demuestrá usted con eso, así, de pasada, que tiene muy mal concepto de las novias...

ALV.—Y que lo tenía tan bueno de su hermana que, á pesar de todo, yo estaba dispuesto á casarme...

TER.—Pues mire, la verdad... Resulta usted más interesante en su viudez...

ALV.—Es que las viudeces prematuras tienen el encanto de dejar al hombre, ó la mujer, más ilusionados del amor... Es como si jugásemos en la última vuelta de la ruleta y ganásemos... Seguramente al abrirse la partida siguiente ya teníamos en la mano un montón de fichas...

TER.—¿Seguirá usted jugando?

ALV.—No sé si atreverme á decir á usted...

TER.—Diga...

ALV.—¿Quiere que formemos una vaca?

TER.—No le entiendo... Explíquese con más claridad...

ALV.—Me lo impide la negrura de sus ojos cada vez mayor.

TER.—Los cerraré...

ALV.—¿Y aceptaría que yo la llevase de la mano en calidad de lazarillo?

TER.—... ¿Hablaba usted así con mi hermana?

ALV.—Allí fui yo quien cerró los ojos.

TER.—Hacía usted mal, porque mi hermana es muy bonita.

ALV.—Un poco belleza de cromo...

TER.—¡Ahora salimos con esas...! Pero ya sé á dónde va usted... Busca el modo de excusar mi fealdad.

ALV.—¿Su fealdad...? Tiene usted lo más difícil de todo... expresión, carácter, personalidad...

TER.—Como una careta... con estos labios abultados...

ALV.—Abultados como para un beso pasional... Y sus pupilas que emborrachan, y la arrogancia de su figura... y esa cabellera negra que yo enredaría á mi cabeza como un aguilucho que hiciese su nido...

TER.—No, yo no soy así... Pero si yo fuese hombre tampoco me gustarían las bellezas clásicas de monería...

ALV.—¡Es curioso! Estamos de acuerdo en todo.

TER.—Por lo mismo nos aburriríamos en seguida.

ALV.—¿Quiere que probemos?

TER.—Nos conocimos demasiado tarde... Yo no puedo ser su novia... Mi hermana...

ALV.—Seamos amigos.

TER.—¿Amigos? Camaradas, buenos camaradas...

ALV.—Nos lo contaremos todo, todo...

TER.—¿Me hablará usted de sus novias... bueno, de sus *líos*?

ALV.—Los inventaré para adquirir prestigio á sus ojos.

TER.—No, no... Nada de aventuras con nadie.

ALV.—Contigo...

TER.—Suelta... que viene *madame*...

ALV.—Me marchó...

TER.—¿Tan pronto?

ALV.—¿No tenías que ir al teatro esta noche?

TER.—¿Vendrás tú?

ALV.—¿Y luego hablabamos por la verja de tu jardín?

TER.—¿Hablabas allí con mi hermana?

ALV.—No...

TER.—Saldré á hablar con mi amiguico...; pero me retiro si vuelves á llamarme como el otro día, con el nombre de ella...

ALV.—Ya no hay más ella que tú...

TER.—Vas muy deprimida.

ALV.—Como que voy en busca tuya...



Federico GARCÍA SANCHÍZ
DIBUJOS DE RAMÍREZ

¡OH, JOVEN MARINERO!...



Oh, joven marinero
que por primera vez la tierra dejas,
y por el mar te alejas
en un barco velero...

Oh, joven marinero
que de la tierra ya no ves los montes,
¡vuela á otros horizontes
tu corazón viajero!...

Oh, joven marinero
que dices á la mar tu primer canto,
¡que nunca el desencanto
vuelva tu gozo en llanto, marinero!...

Oh, joven marinero,
lleno vas de ilusión hacia lo ignoto.
¿A qué país remoto
te llevará tu barco aventurero?...

Tu barco aventurero,
de velamen pomposo,
navegando al azar,
va, como tú, orgulloso,
oh, joven marinero,
por el mar...

¿Qué futuras sorpresas te guardan los mañanas?...
¿Qué divinas auroras se encenderán triunfales
al paso de tu nave?... ¿A qué playas lejanas
te lleva la ilusión en vuelos ideales?...

Si el ave viajera de la curiosidad
sirvió á tu fantasía de intrépido pegaso,
ahora mil panoramas se extienden á tu paso
convirtiendo tus sueños en viva realidad...

¡Oh, joven marinero! La vida es como el mar...
Cada hora es una ola que va hacia lo ignorado...
Las olas, en legiones, no cesan de pasar;
y cada ola lleva un marinero ahogado...

El joven marinero interroga á las olas,
mientras las olas danzan al son de caracolas;

al son de caracolas tocadas por tritones,
caracolas que tienen forma de corazones...

«Decidme, oh, bellas olas: ¿viene la tempestad?...
¿Es de júbilo, ó espanto, vuestra intranquilidad?»

Y las olas, danzando á la luz de la luna,
cogidas de las manos, pasaban una á una;
con los senos desnudos, los cabellos flotantes,
arrastrando en el agua sus mantos rutilantes,
parecían princesas de baladas antiguas,
ó sirenas, aquellas de figuras ambiguas
que alzaban á la noche constelada sus velos
y en cantos delirantes decían sus anhelos...

«Ven, joven marinero,
baja al fondo del mar;
verás nuestros tesoros de perlas y corales...
En un bajel de nácares habrás de navegar
por lagos encantados y mares ideales...»

Y las olas sin cesar reían,
y las olas sin cesar cantaban;
unas sin cesar subían,
otras sin cesar bajaban,
y con las olas pasaban
las horas, también, y huían...

Cada hora es una ola que va hacia lo ignorado...
Y cada ola lleva un marinero ahogado...

¡Oh, joven marinero que vives en el mar,
en tu hora, una ola también te ha de llevar!...

¿Qué ves esta primera noche de tu viaje?
¿Una danza de olas y un naufragio de estrellas?

Tu mirada, fletando sobre el vivo oleaje,
pretende, vanamente, bucear hasta ellas...

Y las olas, en tanto, ríen, lloran ó cantan,
tendiendo á sus miradas sus redes cristalinas...
¡Los tesoros de estrellas que á tus ojos encantan
son sólo un espejismo de las aguas marinas!...

No busques, marinero, en el fondo del mar.
El mar, como la vida, sólo guarda la muerte.
Ve por la superficie... Ve sin profundizar...
¿Qué te importa el misterio?...

¡No ha de pertenerte!

Ve por la superficie bella y desconocida,
pasando por las costas ligero como un ave;
darás la vuelta al mundo en tu velera nave,
y volverás triunfante al puerto de partida...

Y cuando al fin de largos viajes de aventuras,
la juventud perdida, retornes á tu hogar,
sentado junto al fuego, las veladas futuras,
recordando el pasado, feliz podrás contar
á los pequeños nietos que alegren tu vejez:
«Oh, aquel primer viaje; escuchad: una vez...»

Y tendrán largas pausas tus bellas narraciones...

Tu frente, coronada con espuma de olas,
se rendirá al encanto de tus ensoñaciones...
Crearás oír el eco de antiguas caracolas,
de aquellas caracolas tocadas por tritones...

Y entonces, viejo lobo de mar, como un tritón,
tendrás por caracola

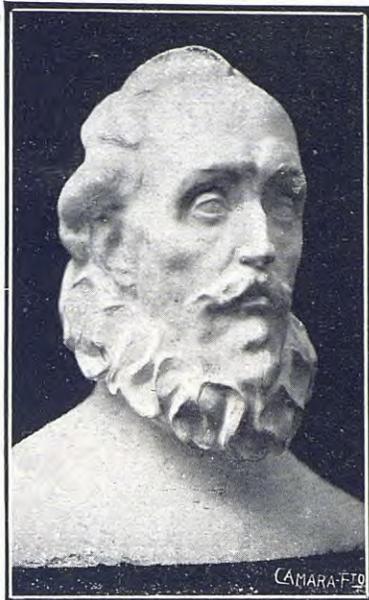
¡tu propio corazón!

GOY DE SILVA

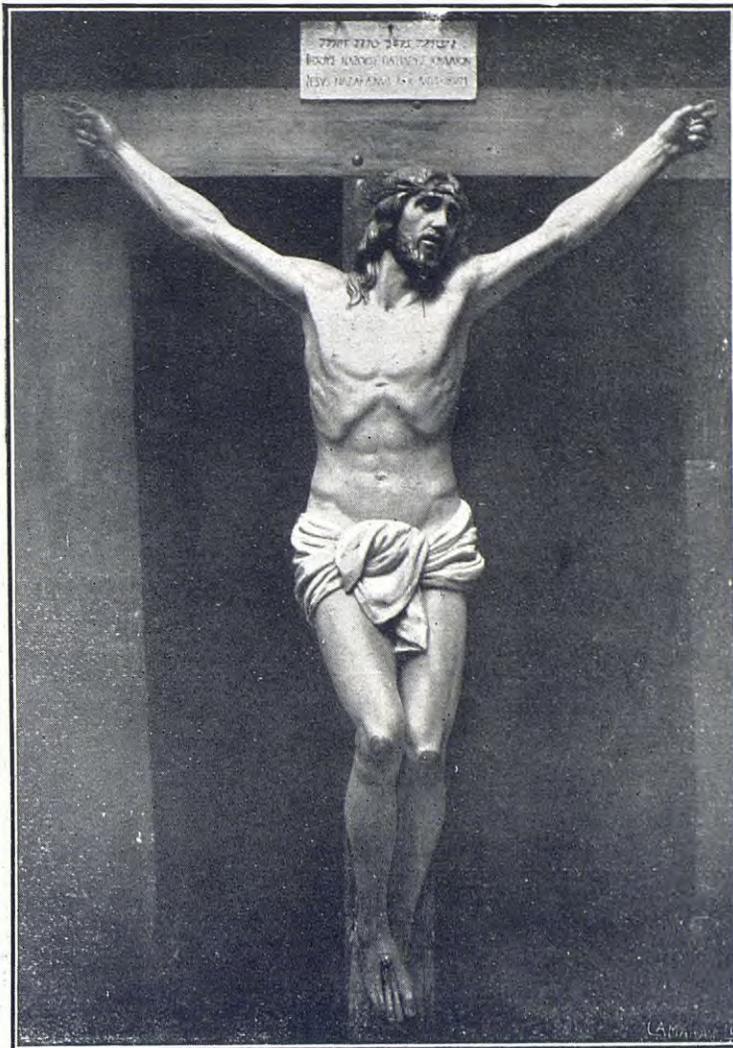
DIBUJO DE VERDUGO LANDI

— EN MADRID —
Y EN BARCELONA

LA VIDA ARTÍSTICA



"Cervantes", busto original del escultor Navarro



"Cristo en la Cruz", talla policromada original del escultor Pérez Sejo



"Retrato de señora", original del escultor Navarro

PARECE indicarse una laudable desviación de criterio en la opinión de sacerdotes y doctores de imágenes á las iglesias. Lejos de acudir á los talleres de imagenería religiosa donde todo sentido estético y toda escultórica belleza parecen proscritos, solicitan el arte de verdaderos escultores capaces de dar á sus obras un hábito personal y vigoroso de puro esteticismo. Así, por ejemplo, y con destino á una iglesia de Tolosa, ha terminado recientemente el joven y notabilísimo artista Pérez Sejo una admirable talla de Cristo crucificado.

Pérez Sejo, que en la reciente Exposición Nacional obtuvo segunda medalla por un desnudo evocador de clásicas páginas, ha realizado ahora una obra digna de todos los elogios. Extraordinario realismo anatómico, respeto, sin humillaciones, es la tradición de antiguos maestros españoles y expresión de intenso dolor humano divinizado en el rostro del mártir, hacen de la talla policromada de Pérez Sejo una de sus más bellas creaciones dentro del credo de sobriedad técnica y serenidad espiritual representativas del ilustre escultor.

De muy distinto carácter es la última obra del joven maestro valenciano Vicente Navarro, cuya figura *La Aurora* fué premiada con medalla de oro en la Nacional de 1915.

Vicente Navarro ha terminado el busto de un torero consecuente con su propósito, un poco elevado;

LA ESFERA no concede la menor importancia á la torería y á sus lamentables consecuencias. Por eso no se reproduce la escultura última de Navarro que ha logrado triunfar de un modelo bien poco escultórico, falta de aquella línea graciosa y perfecta de otro lidiador célebre en quien el arte prodigioso de Julio Antonio supo disculpar el triste motivo inspirador.

Pero al mismo tiempo ha realizado el ilustre escultor Navarro este busto de Miguel de Cervantes, pleno de aciertos técnicos y que forma digno paralelo con el *Retrato de señora* en que el artista ha representado á su madre. Este último busto figuró en la Nacional, y en nuestra humilde opinión haría más merecida la medalla que *Aurora*, con ser ésta muy notable y de subido mérito.

Por último, Barcelona ha presenciado estos días un espectáculo simpático y alentador para los visionarios é ilusorios que militan en las filas artísticas.

José Llimona, el más grande de los escultores catalanes actuales, el que ha sabido unir á la pura y romántica trayectoria de su arte la trayectoria de su vida, regaló á las Escuelas del Bosque del Parque de Monjuich un grupo escultórico titulado *Maternidad*. Todo en este grupo emociona y sugiere dulces pensamientos. Va la idea abrazada con la línea para obtener ambas el mismo generoso propósito de paz, ternura.—S. L.



"Maternidad", grupo escultórico regalado por José Llimona á las Escuelas Municipales del Bosque, en Monjuich, y ante el cual se ha dedicado un homenaje al ilustre artista

PAGINAS DEL AÑO 1216

(DE LA CRÓNICA DE LOS PACIFICADORES)



UNA mano invisible había levantado la tapa del libro, y yo leí:

«He aquí mi historia, ó mejor, la historia de unos cuantos millares de hombres, repartidos en diversas regiones de la tierra, que en medio de la tempestad de odios que mueven llanuras y montañas como si ellas fuesen las aguas del mar, se hallaron un día unidos porque les había juntado la piedad, y que perduran en esa unión porque la ha sellado la cruel persecución de los otros hombres... Escribo para que me lean los futuros, si es que, después de esta colosal catástrofe que destruye el mundo, desde hace una larga centuria, no acaba la razón por anegarse definitivamente en las brutalidades del instinto, y por si mañana, un mañana que hoy parece lejano, resurge la inteligencia serena, y brilla como sol de justicia sobre las rojas lagunas en que se han ahogado tantos millones de existencias...

Sabed que hace más de 100 años que la humanidad vive en guerra consigo misma. Fué en Agosto de 1914 cuando sonó el primer cañonazo, allá, en las fronteras franco-alemanas. Y desde entonces ha ido ensanchándose el campo de batalla. Hoy ocupa toda la tierra. Europa, América, Asia.... donde quiera que hay hombres allí hay lucha, estampido de armas de fuego, estallar de minas, choque de legiones, ciudades incendiadas, horror de horrores. Unas razas pelean con otras, muchas de ellas entre sí, porque en esta tempestad de la ira, la guerra civil ha querido competir en fiereza con la guerra de las naciones. Es que se ha roto el vínculo de la fraternidad humana, y en cada pecho hay un anhelo incompatible con el anhelo de los demás.

Unos cuantos hombres, en los que aún quedaba el sentimiento del amor, quisieron impedir que la guerra se extendiese como inundación de sangre, y que concluyera por nobles transacciones. Sus palabras fueron condenadas en todas partes como contrarias al nuevo dogma. Se les apellidó traidores, se les aplicó el dictado infamante de «hombres sin patria», y se les expulsó de la nación en que vivían. Muchos perecieron bajo el hierro de los que se consideraban «patriotas», aunque solo merecían el dictado de «crueles». Y huyendo de la bárbara persecución nos refugiamos en lugares solitarios, en las cimas de las montañas, en los desiertos estériles, á los que no llegaba el ruido de las armas ni la acción de los combatientes. Somos los Pacificadores, los que á toda costa queremos que ter-

mine la cruenta contienda. Nuestros hermanos de Austria se han acogido á los escabrosos desfiladeros de la Lusacia, los de Alemania al ingente y fragoso Rauhe Alp, los de Italia al Monte Corno, los franceses andan desperdigados en el Pirineo y en los Cevennes, los españoles en la Alpujarra y en los Picos de Europa. Desde estos nidos inaccesibles espiamos el curso de la guerra, y cuando dejamos de oír el trueno de la artillería, imaginando que ya están cansados los luchadores de la recia campaña, bajamos con el intento de que oigan nuestros consejos de paz. Pero hasta ahora se nos ha arrojado de nuevo á las guardias en que nos escondemos, si no se nos ha sacrificado, poniendo en nuestras bocas la mordaza de la muerte. Así vamos disminuyendo, y apenas somos unos cuantos los que conservamos la ya arcaica doctrina de la piedad fraternal.

Somos los nietos de aquellos que en 1915 iniciaron la propaganda de la paz. Y los que ahora pelean en los verjeles de París, frente á Viena, en torno de Londres, en las márgenes del Rhin, en el Bósforo, en los Alpes y allá en las riberas del Misisipi, y en las del Tigris, son los hijos de los hijos de los que lucharon en Verdun, y en Irlanda, y en la Bukovina, y en Bulgaria, y en todas las montañas y en todos los llanos, y en los aires y en el mar. Ellos han heredado de sus abuelos el odio y las armas, y siguen matando y muriendo. Después de cien años de guerra la humanidad cree que ese es su estado natural. El presente se enlaza con el remoto pasado en trágica serie de maldades; y en el siglo XXI el hombre de las cavernas, todo uñas y dientes, reaparece en el hombre de las trincheras, todo hierro y fuego.

Esta vez he sido yo elegido para recorrer los campos de Francia y juzgar si era llegado el momento de la predicación pacificadora... Acabo de regresar de mi viaje, y el espanto nubla mis ojos y estremece mi alma.

Llegué en larga y peligrosa caminata á las orillas del Garona, donde antes, la populosa ciudad de Burdeos era núcleo de actividad y de regocijo; y hallé calles sin transeúntes, casas solitarias, palacios clausurados, soledad y tristeza.

Los muelles, abandonados, se hunden en las aguas sin barcos. En la Plaza de Quinconces solo se destaca la estatua de Montaigne, quien parece sonreír tristemente recordando, acaso, que él había dicho: «Nature a elle mesme attaché quelque instinct à l'inhumanité»... Sigo avan-

zando y por todas partes hallo ruinas, pobreza, soledad. Los campos están incultos, las fábricas paradas ó destruidas. Y lo mismo ocurre en Alemania y en Italia, y donde quiera que hubo civilización y riqueza. La guerra ha acabado con la labor de siglos y siglos.

En una aldea y á la puerta de una choza me encuentro con un anciano que cubre su cuerpo con andrajos. Le interrogo, y él, manifestando sorpresa de mis preguntas, me contesta:

—¿No sabes que ahora estamos empezando la campaña?

—¿Empezando, después de un siglo de guerra?

—Eso fué el periodo de preparación, en el que todo se redujo á arrancar del alma humana los odiosos resabios de la paz. Hasta entonces el egoísmo de los placeres y de las comodidades incapacitaba al ser humano para la enérgica demanda de sus derechos. Se nos había educado en una falsa noción de la vida. Se nos había engañado, diciéndonos que unas letras escritas en un libro, que se llamaba el libro de la Ley, contenían la esencia del régimen moral y social. ¡Vil caterva de filósofos y de poetas la que nos guió á través de las edades! La guerra, sólo la guerra es y será siempre en los siglos de los siglos la norma de la vida.

—¿Y quién sois vos, que habláis así?

—Yo soy hijo y nieto de maestros, que, en los tiempos del error, enseñaron filosofía en la Sorbona. Cuando nací empezaba á lucir la luz de la verdad, pero aún quedaba en los espíritus la vieja rutina; y me hicieron maestro también. Fuí catedrático de la Universidad que durante tantas edades fué centro de perturbación de los hombres. Poco á poco llegó la verdad á mi alma, y un día dejé la cátedra, quemé los libros, y cogiendo un fusil me incorporé á las legiones luchadoras. Treinta años de combate fortalecieron mi alma, y ví claramente que el ser humano no se halla en la plenitud de su naturaleza, sino cuando busca por el empuje de sus manos lo que desea. Ya era hora de que el fuerte triunfara, sin que se opusieran á su victoria los teorizantes de la mentira.

—¿Y quién vence ahora? ¿Franceses ó alemanes? ¿Rusos ó austriacos? ¿Ingleses ó turcos?

—Andas atrasado de noticias. Esas fueron las antiguas banderas. Ya no se lucha porque un pueblo sea más rico que otro, sino que hay mil causas distintas y antagónicas en pugna. Lo

que fué Imperio alemán es un hervidero de contiendas, en que se ofenden y se degüellan los de Nassau y los prusianos, y los sajones andan á tiros con los de Suavia, sin que por eso deje de seguir sosteniéndose la guerra inicial entre galos y germánicos. Lo propio ocurre en Austria-Hungría y en Inglaterra, donde los irlandeses han invadido las tierras de sus antiguos dominadores los britanos.

—¿Tenéis algún libro, de los que se habrán publicado, narrando esa singular lucha?

—¿Libros?... Hace muchos años que no aparece ninguno. Ni ya hay imprentas, ni periódicos. ¿Para qué? Todas esas montañas de papel que abrumaban á la humanidad en los días de atraso, han sido quemadas. Las bibliotecas son hoy almacenes de pienso para los caballos de guerra.

—Eso es el retorno á la Edad Media.

—No es sino el arribo á la era definitiva de la humanidad.

—Quedará, á lo menos, un rincón de amor en el corazón de la mujer.

—La mujer es el aliento de la guerra. Ella ha convertido su debilidad en fiereza; su cobardía en astucia; su hermosura en premio de los valerosos. Ella maneja el fusil y va á la línea de fuego con el alma brava y serena. El amor ha dejado de ser el diálogo de Laura y Petrarca, y ha olvidado las canciones idílicas. Se ha comprendido que el amor, tal y como nuestros antepasados lo entendieron, enflaquecía el ánimo y le aminoraba. Sin previo coloquio, sin palabras de solicitud y sin suspiros de ternura, el soldado y la *soldadesa*, que vuelven del combate, se juntan en el campamento, y en el reposo de la noche aseguran la innumerabilidad de los ejércitos futuros.

—¿Y el niño? ¿Quién se ocupa del niño, de educarle y ennoblecer sus instintos?

—El niño se cría en los campamentos, entre el fragor de las batallas, y apenas puede sostener un arma, se le enseña á combatir. Su juego es la guerrilla; su maestro un viejo soldado; su canción de cuna un himno de muerte. Engendrado en las trincheras, en las alternativas de la gloria ó de la derrota, tiene, desde el nacer, la condición fiera y dura que conviene. El dolor le hará torcer el gesto, pero no llorar. Menudos y torpes, cuando aún tropiezan en el titubeo de sus pasos primeros, parecen bichejos ariscos y terribles, que hubieran puesto el miedo en los héroes del año 1916. Ya saben, ignorándolo todo en su inocencia, que la fuerza será su único derecho, porque sienten en torno ese gran principio de la existencia que consiste en lograr por sí lo que se apetece y necesita. Ellos acabarán la obra libertadora de su especie. ¿Dónde volvería el niño la vista que no hallara el espectáculo de la batalla? Las Catedrales están derrumbadas y sin culto; las Escuelas y Gimnasios son arsenales de armas; la fábrica es cuartel; el asilo de la infancia y de la senectud, se han trocado en hospital de sangre; el campo no se ve animado por el trabajo agrícola, ni el arado surca su superficie. El cura está en las filas, el maestro en las filas, el médico en las filas. Y no se recrea la nueva criatura mirando pasar el vuelo de aves que cantan, sino contemplando el

avión bélico, que planea en lo alto, amenazador y rugiente.

—¿Y en nombre de quién se pelea? ¿En nombre de la ciudadanía democrática constituida en República, ó en el de los príncipes herederos del Kaiser Guillermo, del Czar Nicolás y del Emperador Francisco José?

—Todo eso ha pasado á la historia, esto es, á la nada, porque ya no hay historia, sino que cada día acaba en sus horas y no tiene continuación. A través de esta guerra larga, hubo revoluciones que echaron por tierra los tronos

soldados de la parada, sino los de la guerra sin cuartel. Hasta los caballos han cambiado de aspecto. Son flacos y recios, y, á fuerza de estar siempre con el freno entre los dientes, sus bellos se han alargado y endurecido... Todo ha mudado de condición y de aspecto. La tierra no es ya mansión de placer, sino una inmensa tienda de campaña.

—Pero el hambre diezmará á los hombres, desprovistos de medios de subsistencias. Y las epidemias colaboran en la destrucción de los hijos de Adán.

—Sí. Por toda la tierra han pasado el cólera morbo, y el tífus, y la peste negra; pero eso ha sido parte á que la humanidad se sanee. Sólo han quedado á vida los fuertes, los sanos, los de sangre pura. Los virus que envenenaban las estirpes se han evaporado en esta fiebre redentora... Y en cuanto al hambre, la que se padece hoy es la inherente á la condición del hombre. Más horrible que el hambre en los campos de batalla es el hambre en la paz, porque ésta la sufren sólo los pobres, y no llega á los afortunados, mientras que ahora es común á todos. Ha llegado el reino del hambre. Ya no es el oro bula eficaz contra la desdichada naturaleza dolorosa de los expulsados del Paraíso.

—¿Qué recompensa espera en esta situación el combatiente, en premio de sus esfuerzos?

—Ninguna. Ni le es necesario. Yo peleé mientras pude. Un día, al avanzar, sobre una trinchera enemiga, caí al suelo, y tardé mucho en levantarme. Comprendí que ya me había quedado sin fuerza y que la vejez me arrojaba de las filas. Me retiré del campo de batalla y me acogí á este rincón, donde vivo de lo que cazo, de las hierbas y raíces de la tierra. A nada más aspiraba. Aún debía estar contento, porque, en la prueba, había conservado la vida.

—¿Y qué pasará luego?... ¿Cómo acabará la guerra?

—No acabará nunca. Habrá, acaso, períodos de inactividad en que los hombres se preparen á nuevos empeños; pero siempre con el arma en el brazo y bajo el régimen de la fuerza. La paz se ha acabado. Era una de tantas fábulas como han engañado al hombre. La verdad impera, y la verdad es la fuerza.

—Veo que anda por cerca de vuestra choza un animal que nos mira con ojos de fuego. ¿Es que las fieras han vuelto á osar la vecindad humana?

—Sí. Era preciso. Cuando la naturaleza recaba sus derechos, no admite excepciones: la bestia como el hombre. Esa fiera que ronda mi tugurio es el lobo. El acecha la ocasión en que mis provisiones, mi choza y mi carne serán para él. Mientras yo conserve un resto de energía me podré defender, y el lobo huirá. Pero cuando mis pasos claudiquen y mis músculos sean incapaces de sostener un palo, entonces habrá llegado el día del lobo. Para todo lo vivo hay un día en este Universo Dinámico...

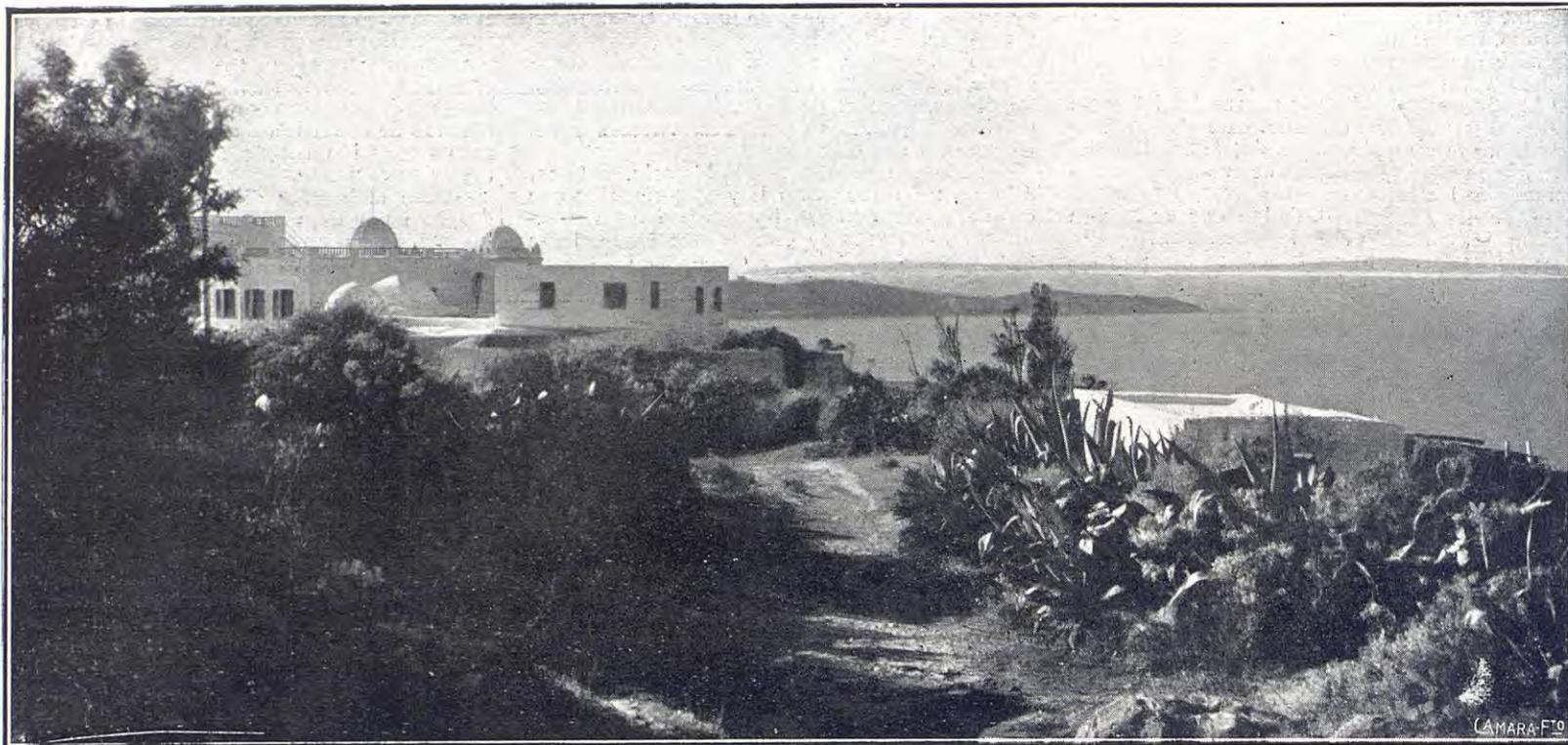
Y la mano invisible que había levantado la tapa del libro la dejo caer sobre las páginas que yo leía.

J. ORTEGA MUNILLA

DIBUJOS DE BARTOLOZZI



y las altas magistraturas populares. No se riñe por la vanidad de una dinastía ni por el orgullo de una nación, aunque subsisten los añejos litigios de raza. El francés ha dicho: «Me mandan que exponga la vida por Francia. ¿Por qué no he de exponerla por mis intereses?» Y ese mismo razonamiento se han hecho todos los humanos, sea lo que fuere su patria nativa. Los mil pleitos, las infinitas codicias que palpitan en el alma, cansadas de esperar satisfacción de la iniquidad de los jueces, han tomado las armas, y buscan en su fiereza y en su fortuna la sentiencia que anhelan... ¿No oyes, allá lejos, el ruido de un tropel marcial? Mira, entre la polvareda que levantan los milites y sus bridones, como ya han desaparecido los vistosos uniformes inútiles para la pelea. Cada hombre lleva encima todo el mayor número de elementos de muerte y de defensa que es posible. No son los



Vista del Mediterráneo, desde las costas de Túnez

CON EL ESFUERZO ESPAÑOL EN LA ORILLA PROMETIDA

VÍSTEIS á Túnez y recordais á Carlos V; rememorais á Orán y evocais la figura del Cardenal Cisneros; Argel nos habla de Cervantes cautivo, y toda aquella costa, desde las ruinas misteriosas de Cartago hasta la orilla sahárica en el Atlántico, nos dice cómo un maleficio inexplicable condena al esfuerzo español á ser estéril para España. Las tierras de medio mundo fueron fecundadas por manos españolas; en Europa y en América, en Africa y Oceanía, millares de ciudades se asientan sobre sillares españoles y en ninguna parte logramos crear la Nueva España. Calumniados, odiados, aborrecidos, engañados y traicionados fuimos ahuyentados de todas partes donde creamos la riqueza y difundimos la cultura. Y todavía, apenas borrado por el pasar del tiempo el agravio, allá van las avalanchas de nuestros obreros á continuar la obra de multiplicar la riqueza en la Argentina, en Méjico, en Cuba y en Argelia.

Nos sustituyó Francia en Túnez y en Argel, pero nos sustituyó en la posesión y en la explotación; el esfuerzo y el sacrificio continuaron siendo españoles. De los campos de Almería y de la Alpujarra granadina, resquebrajados y endurecidos por la sequía, de la huerta murciana y de los naranjales valentinos salieron millares de hombres que sometidos á la soberanía francesa, realizaban palmo á palmo la conquista del desierto. Era el espíritu de aventura, era la falta de trabajo y de pan, era la necesidad de escapar á persecuciones de la justicia lo que empujaba nuestros hombres allá, hacia la costa argelina. Y siendo preciso esquivar allí la vigilancia del consulado y huir lo más posible de la patria, eran los españoles quienes más propicios se ofrecían á ser colonos en las tierras linderas de los indígenas todavía no sometidos. Así, en las revueltas, en los ramalazos de ira con que

los musulmanes intentaban librarse del yugo francés, era la sangre española la primera que corría. En una estadística de hace diez años se confiesa que no hay en Argelia más que 358.000 franceses, oriundos de franceses y naturalizados, mientras que hay 200.000 españoles. Entre aquellos franceses, oriundos y naturalizados, están los funcionarios del Estado y la oficialidad militar; están los empleados de la banca y del comercio de exportación; están todos los elementos directores de la colonización, que son numerosísimos, mientras que entre los 200.000 españoles—que son muchos más porque muchos rehuyen dar todo dato—apenas habrá un centenar que no sean obreros, y especialmente obreros del campo.

¿Quién sino ellos han podido hacer resurgir en la tierra casi virgen los verjeles que recuerdan á Valencia y á Murcia? Hemos devuelto al genio árabe lo que el genio árabe nos trajo. Aquella noria con sus canjilones de barro, aquel cauce de la acequia por donde el agua se deslizaba apagando la sed de las plantas y dándoles verdor, son los mismos con que los vencedores del Guadalquivir hicieron resucitar en Andalu-

cía y en Levante el jardín de las Hespérides que el genio hosco de los godos había arrasado.

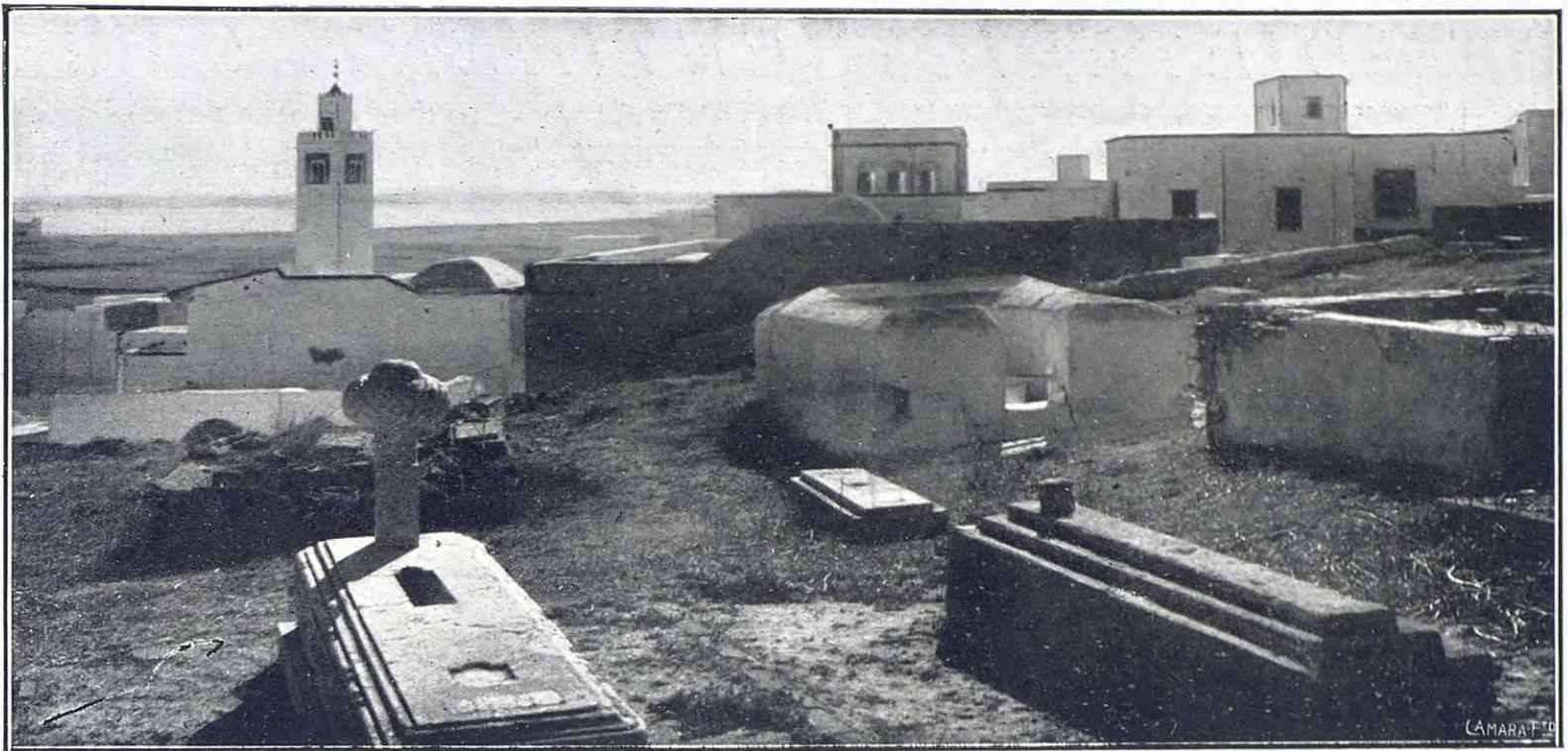
Eran los alrededores de Argel una confusión de dunas y pedregales. En toda la costa ocurría otro tanto. Las avenas que el mar expulsaba ó que los vientos traían de las lejanías áridas é inclementes ondulaban en suaves cerros estériles, donde sólo la retama sin hojas se cubría al llegar la primavera con sus florecillas blancas. Y toda aquella extensión rebelde ha sido vencida; triunfo mayor que domeñar el alma de los tunecinos y argelinos. Cómo el humus ha cubierto la arena y la ha sujetado, cómo el agua ha manado y corre bajo el sol de fuego, cómo los pedregales y las dunas han sido convertidas en huertas que abastecen á las ciudades y tienen para la exportación á los mercados ricos de Francia y de toda Europa las primicias de una producción temprana: de los guisantes, las judías, los tomates y los pimientos producidos en pleno invierno, cuando en París y en Londres las gentes tiritan y el sol pálido parece que va á agonizar entre nieblas y nubes... ¡Oh, si el buen burgués francés, inglés ó ruso supiera que aquellos *petits pois* que come en su cena de Nochebuena han costado mil-

llares de vidas! Porque la creación de la capa de tierra vegetal sobre las arenas se hizo á fuerza de estiércoles y detritus que el agua transformaba, y en la ancha planicie, bajo el sol reverberante, surgió el paludismo que diezaba á los obreros. Hoy, solidificado el suelo, desecadas las lagunas, bien encauzadas las aguas del regadío, rodeadas las casas de bosquecillos de eucaliptus, las huertas argelinas se ofrecen á la tranquila labor del hombre como verdaderos paraísos en los que la naturaleza es pródiga de bienes y placeres.

¡Si sólo hubiesen hecho eso los españoles! Los nuevos colonos que llegaban de Fran-



Paisaje argelino



Cementerio árabe, en Túnez

cia, los que recibían de la Administración tierras nuevas de las que se arrebataban a los indígenas, los soldados, que en lugar de regresar a sus hogares en la Metrópoli preferían crear el nuevo hogar, caminaban ya hacia la conquista del desierto, porque en la costa no quedaba ya palmo de terreno por cultivar. Y eran los obreros españoles quienes constituían la avanzada de esta penetración. Aún no se había trazado un solo kilómetro del ferrocarril; aún no se habían capturado en pantanos artificiales las aguas de los torrentes invernales; aún infestaban el campo los bandidos herederos de los antiguos piratas. Así, cada paso en aquella conquista había que darlo llevando en una mano el azadón ó la hoz y en la otra el fusil; así, se sucedían las matanzas de los pobres trabajadores que, al llegar la noche, habían caído rendidos del trabajo... ¡Pobre sangre española que tantas tierras ha fecundado! Pero entre nuestros levantinos y nuestros andaluces y los africanos se establecían acercamientos y benevolencias arrancados de sabe Dios qué remoto común origen en el misterio de los siglos. Y fueron ellos el signo de paz. El africano contemplaba asombrado cómo

en la patria árida, que apenas acertó antes a darle el mísero sustento de unos dátiles producidos en el oasis, surgían un millón de naranjos, quinientos mil granados, trescientos mil limoneros, cuatro millones de higueras, cien mil plátanos y otros tantos frutales de otras clases. Pero, sobre todo, la alegría esplendorosa y lujuriente del viñedo, extendiendo sobre la tierra calcinada la pompa de sus hojas verdes, acabó de convencer a los indígenas que vinieron también a prestar el concurso de su esfuerzo. Así, pudo la Administración francesa hacer treinta y cinco mil kilómetros de carreteras, llegando hasta el oasis de El Kantara, donde cien mil palmeras se ven rodeadas por la planicie roja de las arenas del Sahara; así se pudieron trazar tres mil kilómetros de ferrocarril; así se pudieron hacer cinco grandes puertos y convertirse Argel en el de mayor tráfico, después de Marsella, que tiene Francia. ¿Quién calculará toda esta inmensa riqueza y la que aún no está explotada? Sólo los yacimientos de fosfato de Tebessa, valuados en más de cuatro millones, compensarían los gastos que ocasionó la conquista de Argelia.

¡Y era ésta—hados ingratos de nuestra Historia—la orilla de promisión con cuya posesión soñaban la reina Isabel y Carlos V y el Cardenal Jiménez de Cisneros! ¡Era éste el lugar donde había de surgir la Nueva España que en mala hora quisimos poner en las lejanas Indias de Occidente y en las más remotas y más ingratas de Oriente... No queda ya sitio para hacerlo. De Túnez y Argelia y Marruecos a la Costa del Marfil, a Dahomey y al Congo, hemos quedado encerrados en un círculo de tierras francesas que tienen casi veinte veces la superficie de la Metrópoli y donde cuarenta millones de africanos irán convenciéndose, de grado ó por fuerza, como se han convencido los argelinos, de que deben dejar que se les arrebaten sus tierras y se les inculque un concepto nuevo de la vida para que el arenal se convierta en vergel, el aduar en urbe, el sendero en vía férrea, el torrente en cauce, el bosque virgen en bosque de frutales y el francés pobre en francés rico, que el oro es, y no los ideales, el único móvil y el único impulso de la civilización.

MÍNIMO ESPAÑOL



Sidi-bon-Said, aldea sagrada situada sobre el cabo de Cartago. Al fondo, el golfo de Túnez

FOT. BERNH REHDER

DIETARIO SENTIMENTAL



¡Gloria y amor! Temas floridos
de esta irónica comedieta;
los mismos versos repetidos
y siempre la misma careta.

Por soñar y cantar, la vida
se va en las horas presurosas;
pobre cigarra adolorida,
no tengo laureles ni rosas.

Y pronto será mi canción
un viejo estribillo grotesco,

recitado por un histrión
pobre, triste y funambulesco

Y mientras devano en mi rueca
rimas y rimas á la luna
pasa de largo, con su mueca
de cortesana, la Fortuna.

Mas, ni me duele ni me espanta
esta burla de mi destino;
soy un pájaro azul que canta
en las frondas del rey Cretino.

Ni oro, ni gloria, ni mujeres
—¡oh, la celeste carne en flor!—;
el oro es de los mercaderes,
la pobreza amarga el amor.

¿La gloria? ¡Acaso! Cuando un día
una mujer, ciega de amor,
llore con una estrofa mía
.. aunque no recuerde el autor.

E. CARRERE

DIBUJO DE MIGUEL HEVIA

LA ESFERA
FIGURAS DE LA GUERRA
LOS GRANDES PRESTIGIOS INGLESES



SIR WILLIAM R. ROBERTSON, JEFE DEL ESTADO MAYOR INGLÉS, Y, DESDE LA MUERTE DE LORD KITCHENER,
LA FIGURA MÁS PRESTIGIOSA EN EL EJÉRCITO DEL REINO UNIDO

DIBUJO DE GAMONAL



UNO DE LOS MORTEROS DE 42 PUESTOS EN ACCIÓN EN LA OFENSIVA FRANCO-INGLESA

Dibujo de Matania

CAMARA 1900

MÚSICOS ESPAÑOLES

JOSÉ LASSALLE

José Lassalle nació en Madrid el año de 1874. Todo el periodo de su infancia transcurre sin nada saliente que referir. En su familia, no hay más antecedentes musicales de interés, que el de su abuelo materno, que fué organista de la Catedral de Valencia, población de donde es natural la madre de Lassalle.

A los veinte años era Doctor en Filosofía y Letras, dedicándose, durante algunos años, á dar lecciones de francés, latín, historia y literatura en varios colegios particulares de la Corte.

Su padre quiso destinarle al profesorado, con cuyo objeto se preparó seriamente con el famoso arabista Sr. Codera, para hacer oposiciones á una cátedra de árabe vacante en la Universidad de Granada, que luego se proveyó por concurso.

En esta época colabora Lassalle en varias revistas y periódicos, especialmente en el *Heraldo de Madrid*, donde escribe notables críticas musicales.

Fuó uno de los fundadores de la *Revista Nueva* (lo que constituye para Lassalle el orgullo de su juventud) con Ruiz Contreras, Pío Baroja, Jacinto Benavente, Valle-Inclán, Martínez Sierra y en la que colaboraban *Azorín* y *Maetzu*.

Su afición á la música (siempre fué un wagneriano exaltado), que iba poco á poco desarrollándose en su temperamento volcánico, estalla con vehemencia y resuelve dedicarse en cuerpo y alma al arte musical. Toca el piano, escribe *lieder*, entabla relaciones artísticas con la viuda de Wagner (con Cosima Wagner, hija de Liszt y una autoridad en cuestiones de Estética en Alemania), y comienza el estudio de la armonía con Arín; pero Lassalle se inquieta por la lentitud con que se hacen entre nosotros los estudios musicales, el tiempo que se pierde, la incultura estética del profesorado, que, por lo general, no piensa más que en cobrar la nómina, y se decide á ir al extranjero.

En la primavera de 1900 se marchó á Munich sin saber apenas solfeo, ni alemán, y desoyendo los consejos de su familia.

Con muchas penalidades, con voluntad y trabajando enormemente, empezó á estudiar el solfeo y la armonía con Thulle, más tarde con Wolff Ferrari, y por último, con Max Reger y toda esta labor la realiza el insigne maestro madrileño con escasos medios de fortuna; porque corre por ahí la leyenda de que su padre era, en esta época de su vida, millonario, y que Lassalle ha hecho su carrera, tan brillante como rápida, á fuerza de dinero, y no es exacto; además, que su padre se opuso terminantemente á que abandonase su carrera, pues soñaba con verle algún día decano de una Universidad española.

Desde Munich se trasladó Lassalle á Milán, donde vivió una corta temporada perfeccionándose en la práctica de la dirección de orquesta y conocimiento de repertorio de ópera. En una carta, de la interesante colección de cartas que conservo de Lassalle, escritas desde Munich y Milán, en las que está detalladamente condensada la evolución y proceso de sus estudios musicales en el extranjero y los momentos más emocionantes de los primeros pasos de su carrera artística, me decía Lassalle: «que de nada servía tener la cabeza llena de conceptos estéticos



EL MAESTRO LASSALLE

si faltaba la práctica del oficio», y es verdad. Lassalle, por su educación, fué siempre un hombre de cultura literaria y estética superior, pero esto no era bastante; al lanzarse por el camino de un arte tan difícil como la música, hay que prepararse sólidamente, conocer su técnica cada vez más complicada, hay que trabajar con mucha fe; hacerse músico práctico, y Pepe Lassalle estudió su arte con la solidez necesaria para dominarle, consiguiéndolo de una manera absoluta, porque tenía talento, tesón, un afán insaciable de llegar y un temperamento extraordinario. Lassalle estudió fundamentalmente el contrapunto y la fuga, ha compuesto hermosos *lieder*, y no sé si ha terminado una sinfonía y una sonata de violín y piano, que había comenzado hace tiempo.

Pero sus actitudes y sus ilusiones no se encaminaron nunca por el lado de la composición; derivaron siempre hacia la dirección de orquesta, en cuyo campo ha conseguido verdaderos triunfos artísticos. En Noviembre de 1903 debió como director de orquesta con la Kaim-Orchester de Munich. Recomendado por su maestro Thulle, dirigió tres conciertos que consagraron de una manera definitiva su reputación, puesto que en Mayo del mismo año era contratado para dirigir cuatro conciertos en Petrogra-

do, alternando con Nikish y Colonne. Continuó durante algún tiempo de tercer maestro en la Kaim-Orchester, al lado de Weingartner, hasta que constituida esta Sociedad con el nombre de Münchener-Tonkünstler Orchester fué nombrado nuestro compatriota primer director por unanimidad.

Con esta célebre orquesta, que ha dirigido seis años, recorrió toda Europa, obteniendo éxitos de público y críticas muy lisonjeras para su labor. Con ella vino á Madrid, dando á conocer algunas obras nuevas, tales como las Sinfonías de Bruckner, que como las de Malher (amigo íntimo y consejero de Lassalle), dirige Lassalle de un modo especial. Son éstos dos compositores muy interesantes, predilectos de Lassalle y casi desconocidos del público madrileño.

Lassalle ha dirigido las orquestas imperiales de Petrogrado, Moscú y Kieff; la orquesta del Ministerio de Instrucción pública, de Bucarest; la Sociedad de conciertos, de Riga; la de Helsingfors; la orquesta Isaye, de Bruselas; la de Lamoureux, de París; la Sociedad de Concursos, de Marsella; las orquestas filarmónicas, de Barcelona y Valencia; la Sinfónica, de Madrid, y ha sido dos años primer maestro en el Künstler Theatre de Munich (dirección Reinhardt).

Uno de sus más brillantes éxitos fué el estreno de *Parsifal* en el Teatro Real, de Madrid, acontecimiento musical memorable, cuya interpretación no ha sido superada. También merece mencionarse aquel concierto, que para conmemorar el centenario del nacimiento de Wagner se celebró en el Teatro Real, organizado por la Asociación Wagneriana, en el que con una orquesta improvisada, compuesta de elementos heterogéneos, logró Lassalle con sus facultades de organizador y director, y su temperamento de artista, interpretar un programa admirable por todos conceptos.

Lassalle tiene condecoraciones francesas, rusas, alemanas, portuguesas y... ninguna española (es lo de siempre), que honran su historia artística. Su vida turbulenta y agitada está llena de episodios y anécdotas interesantes que no es este el momento de contar. Lassalle es un español, muy español, un poco aventurero (en el sentido romántico de la palabra) y galante, con un don de gentes y un trato verdaderamente encantador. Se honra con la amistad de Saint-Saëns, D'Indy, Strauss y Massenet, en vida, á todos ha pedido consejos, y de todos ha merecido elogios para su arte.

Como director, es Lassalle sobrio, preciso y elegante, cálido, sugestivo y apasionado; sus interpretaciones se distinguen por la finura en los pianísimos y por el vigor en los fuertes. Con los gestos y un sentimiento comunicativo especial, electriza á su orquesta, que traduce con fidelidad y arte el pensamiento del compositor, expresando los matices más delicados y los detalles más importantes de la partitura, su espíritu, como no puede hacerlo quien no posea una fuerte cultura intelectual.

El insigne maestro que, como he dicho, nació en Madrid, está naturalizado en Francia y actualmente defiende con las armas la bandera de la República.

LA GUERRA NOCTURNA
LUCHA ENTRE SOMBRAS

La obscuridad de la noche no es obstáculo que detenga en esta pelea á los beligerantes, acostumbrados á combatir sin el amparo de la luz solar, bajo las entrañas de la tierra, en minas y contraminas que cavaron tenaces para buscar el contacto, á cubierto de las vistas del contrario. Hoy los campos de batalla en pleno día, parecen desiertos sin hábito de vida.

En la guerra nocturna es preciso tomar precauciones particulares ya se encuentren las tropas operando en situación de marcha, estacionadas ó maniobrando en pleno combate.

La obscuridad que cubre el terreno con denso velo, detiene la vista que pretende rasgar el misterio de las sombras y actúa sobre la moral de los combatientes, aminorando en mucho las excelentes cualidades balísticas de las armas; durante la noche el tiro de la infantería es incierto y en caso de confusión y alarma muy expuesto á hacer blanco sobre las propias fuerzas.

Las sombras desorientan la dirección de avance ó ataque y se hace difícil, y á veces imposible, la transmisión de órdenes.

En los combates nocturnos suprime casi por completo el tiro de fusil. Las marchas de noche fatigan extraordinariamente á la tropa; la lucha no admite fácil dirección; en la obscuridad no es conveniente comprometer grandes efectivos, sin temor de una lamentable y peligrosa confusión y por buenos que sean los resultados de una sorpresa nocturna, son mucho mayores los riesgos que por aventurarla pueden correrse.

En estas peleas sólo puede intervenir la infantería; la misión artillera es reducidísima y la caballería tiene que estar sujeta á una completa inmovilidad.

Juegan un importantísimo papel en esta clase de luchas los proyectores fijos ó de posición, ó automóviles, constituidos por un espejo parabólico Mangin, alimentado por una potente lámpara de arco, á la que presta la corriente necesaria una dinamo accionada por la fuerza del motor del camión, que suele ser aproximadamente de unos treinta caballos. Puede el proyector estar fijo al carruaje, inclinán-



Soldados franceses trabajando en una trinchera á siete metros de profundidad

dose y orientándose en todos sentidos, si bien á veces puede separarse del coche para ser transportado en una pequeña carretilla al sitio donde ha de funcionar, ligándole entonces con la dinamo generadora de corriente, un cable de doscientos á trescientos metros de longitud.

La luz es reglada por un regulador automático, pero además el arco puede ser reglado por botones que se manejan desde el exterior, pudiendo elevarse el proyector quince ó dieciocho metros sobre el suelo, con la ayuda de un mástil extensible. Con una corriente eléctrica de ciento cincuenta amperios de intensidad, con un tiempo claro y con una atmósfera muy transparente, un proyector puede enviar sus rayos lu-

que descienden con lenta majestuosidad, destacando en todas direcciones el haz de rayos de sus bengalas lumínicas.

A las vetustas antorchas han substituido los faros de acetileno, las grandes linternas eléctricas y las pequeñas linternas de bolsillo que brillan en la sombra como luciérnagas oscilantes.

Para burlar en caso de ataque por sorpresa nocturna el haz de rayos de los proyectores de la defensa, los asaltantes avanzan pegados al terreno, confundiendo con él, tumbándose velozmente enseguida que ven avizorar por su sector de avance el haz de rayos. Durante la noche es mejor auxiliar para centinelas y patrullas el oído que la vista. De día buscan los vigías estacionamientos elevados para apercebir mejor las lejanías; de noche atalayan mejor desde los puntos bajos, atentos á los ruidos que provengan del campo contrario. Durante la noche los centinelas son siempre dobles y procuran evitar, por su parte, todo ruido ó movimiento inútil que pueda acusar con firmeza su presencia. De noche son también más minuciosos los reconocimientos de las patrullas y las señas y contraseñas de rondas y rondallas deben pronunciarse en voz muy baja. La guerra nocturna es misteriosa, como las sombras que rasgan con su instantáneo relampagueo los cañonazos interrumpidos del perenne bombardeo de unos y otros beligerantes.



Soldados franceses deteniendo un automovil en una de las carreteras del frente FOTS. HUGELMANN

minosos á más de ocho kilómetros, pero en la práctica pocas veces se llega á este límite de percepción, que se reduce cuando la atmósfera es menos clara y hasta se anula con tiempo brumoso.

También llevan proyectores, al igual de los barcos, los dirigibles que con fines de bombardeo surcan el espacio durante la noche.

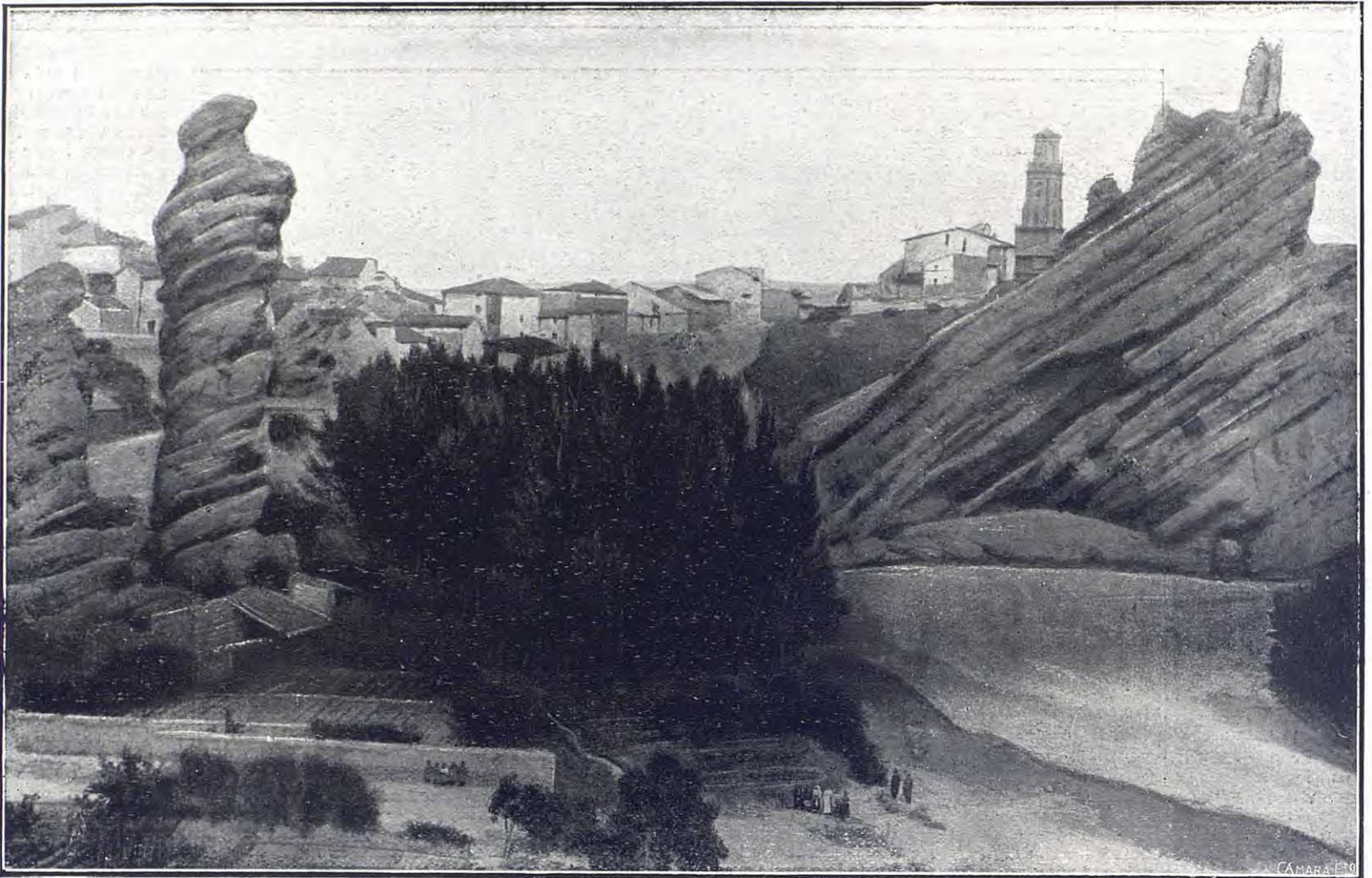
En esta guerra se han empleado muchos los proyectores fijos con haz de rayos vertical y ascendente, verdaderos faros indicadores de campos de aterrizaje para los aviadores que realizan excursiones nocturnas.

Para fijar la situación del enemigo se arrojan desde las trincheras, en esta lucha de posiciones, generadores de llamas iluminadoras, ó cohetes

que descienden con lenta majestuosidad, destacando en todas direcciones el haz de rayos de sus bengalas lumínicas.

CAPITÁN FONTIBRE

LOS GIGANTES DE AUTOL



Pintoresca vista en las inmediaciones de Autol (Logroño).—A la derecha y en la parte superior de la peña, se ven los restos de un castillo feudal, de gran interés histórico

VAMOS andando, andando, con la imaginación por espolique.

La fantasía, como las mujeres, nos engaña todos los días alguna vez; pero de nuevo caemos en sus brazos y nos entregamos á sus caricias, dejándonos llevar á sus reinos, que son los del ensueño y la ilusión. En ellos buscamos las graves enseñanzas de la Historia y las bellas páginas del Arte, sin advertir que unas y otras pueden ser unas deliciosas mentiras. No importa. Nuestra vida espiritual necesita apartarse del comercio de las multitudes, que suele modelarnos viciosamente, y busca para su regalo las serenidad de los campos, el reposo de las alturas, los silencios de las cosas viejas y abandonadas. Entonces, nos vemos bien hallados en el regazo de la meditación y empezamos á gustar las sensaciones del momento en que el alma, para volar, se basta á sí misma. Y nos alegramos de haber cambiado el tumulto de la ciudad por las andanzas del camino.

Sólo así podemos escuchar la misteriosa voz de las piedras y conocer el romance que declaman la ruinas. Un pastor, un peregrino, un ermitaño quizás, nos muestra una roca abierta en gigantescos desgarrones por el aluvión de los siglos y nos habla, de paso, de un trastorno geológico que él considera cosa labrada por los genios que tienen su morada en las entrañas de la tierra. El mismo pastor, el mismo peregrino y el mismo ermitaño de luengas barbas y manos huesudas, nos señala el torvo perfil de un castillo ruinoso, con los fosos cegados y los soberbios torreones caídos, y nos cuenta una historia de reyes que tuvieron poderosos y leales vasallos. Ante nuestros ojos se tiende el campo del misterio y de la leyenda, por donde ha de volar la imaginación como un águila señora. Una vez tendidas las alas, ¿qué importa lo que queda en el suelo? Si la fantasía nos engaña, como una mujer liviana y caprichosa, mañana la amaremos de nuevo y podrá engañarnos otra vez.

Vamos andando, andando, con la imaginación por espolique.

En un rincón de la baja Rioja, fecunda bajo el sol estival, se agrupa Autol, un pueblo donde por fuerza hemos de hacer jornada. No está muy lejos la ciudad de Alfaro, pródiga en episodios sangrientos y en dramáticos lances que tienen vida en las viejas crónicas.

Toda esta tierra conserva aún huellas y vestigios de la Edad pasada, cuando las almas eran de hierro y los cuerpos estaban hechos para la lucha, porque no en vano está vecina de Navarra, la cuna de la guerra, de la que el poeta de *Voces de gesta* dijo que la lanza y la pica no se hicieron para mellarse en pecho de mujer. En Alfaro podemos recordar muchos sucesos de nuestra historia genuina y sangrienta. El Cid, aún no anudada la florida barba, la recorrió para vengarse de D. García Ordóñez; D. Lope Díaz de Haro, señor de Vizcaya, cayó muerto por los defensores del Rey D. Sancho IV de Castilla, cercenado el puño por un montante y hundido el cráneo por un golpe de maza; don Gutierre Fernández de Toledo, repostero mayor del rey D. Pedro, cayó muerto también por orden de su señor... Esta tierra, como Castilla, hacía sus hombres y los gastaba.

Alejándonos de Alfaro con estos recuerdos, hallaremos Autol, casi flanqueado por dos enormes peñascos de hormigón durísimo que los cinceles del Tiempo han modelado como misteriosas esfinges. Por la derecha corre la nueva carretera de Soria y por el lado opuesto se desliza un cauce que toma sus aguas en el Cidacos. En sus mismas orillas se alzan, como estatuas mutiladas, los gigantes de piedra.

Cuando el Tiempo era joven, los peñascos de Autol eran una mole que alzaba su jiba como una verruga de la tierra. Fuerzas ciclópeas, más poderosas que los martillos del dios Wotan, la hundieron y desgarraron en una conmoción violentísima y las aguas y el viento, golpeando como cinceles, han ido luego modelando su for-

ma extraña, rajándola en inmensos paredones que envueltos en las sombras semejan monstruos fantásticos. En noches de tormenta, cuando las aves del nido cruzan el espacio sin luna, los gigantes parecen cimbrarse y acercarse para darse un beso con sus frentes de piedra.

La fantasía popular ha dado nombre á los dos ingentes peñascos. Tiene el más grande prestigio de varón y llámase el *Picuezo*, porque su altura de cuarenta y dos metros es bien que tenga dominio sobre su compañero, que alcanza veintiocho, y al que por ser más bajo diósele nombre femenino y se llama, por tanto, la *Picueza*. Pareja tan gentil, desposada hace ya muchos años por los dichos del pueblo, no tiene todavía leyenda. Pero ya la tendrá. Y entonces, los niños buscarán medrosos el regazo de las mujeres y los viejos harán supersticiosos la señal de la cruz.

No muy lejos de los *Picuezos*, sobre la cúspide de otro peñón de la misma veta durísima, se alzan los restos de un castillo cuya historia se ha perdido al través de los siglos. Acaso, gentes letradas hallen en sus derruidas paredes vestigios romanos. Para otros, para los más, sus fulminados torreones serán obra de moros, como tantos otros castillos de la España gloriosa y legendaria. Es cosa averiguada que en sus almenas ondeó el estandarte feudal del Señor de Autol y que más adelante tuvo dominio sobre sus muros el Marqués de Fontellas. Ahora solo anidan en él las aves agoreras y la luna va desgastando las piedras con sus besos de luz.

Tampoco la leyenda ha tejido en sus piedras un encaje; pero bien puede ser que andando el tiempo, antes que los últimos peñascos se desmoronen, la fantasía popular invente una historia de amores y de tragedia. Y no faltará tampoco quien muestre á las futuras generaciones el sitio donde se alzó la escarpa de que pendían los arcados ó el lugar donde se abrió el pozo que llenó con sus lágrimas una doncella cautiva.

José MONTERO

LA ESFERA



"EL PICUEZO Y LA PICUEZA", PEÑAS DE ORMIGÓN, DE 42 Y 28 METROS, RESPECTIVAMENTE, QUE SE ALZAN ARROGANTES EN LAS INMEDIACIONES DE AUTOL (LOGROÑO) (Fotografías del notable aficionado D. Paulino Marín)

NOTAS DE VERANO

EL HOTELITO EN LA SIERRA



TODA la familia, de acuerdo en que había de madrugar al día siguiente, se metió en el lecho. El Sr. Gutiérrez, su esposa, las dos hijas, el hijo y la criada disfrutaron de sendos sueños deliciosos.

Iban á realizar un proyecto durante muchos años tiernamente cultivado. Iban á buscar un hotelito en la Sierra guadarrameña para instalarse en él los tres meses de temporada. ¡En la Sierra! ¡Entre pinos, á más de mil metros sobre el nivel del mar, oliendo á tomillo y á cantueso, con Horacio en un bolsillo, Fray Luis, el de Granada, en el otro, y sobre sus cabezas la gloria azul de los gloriosos cielos campesinos!...

Hasta el filo de la media noche toda la familia durmió bienaventuradamente. Allá á las dos de la madrugada les despertó una terrible batahola de truenos. La verdosa llamarada de los relámpagos se difundía por la casa con tal intensidad y persistencia que parecía pronta á incendiar hasta la ropa de los lechos.

Los individuos de la familia Gutiérrez, púdicamente envueltos en prendas tomadas al azar durante el sobresalto de la tormenta, permanecieron tras los cristales del balcón ensimismados.

El fenómeno meteorológico—así se dice—no presentaba aspectos venturosos de conclusión. Las niñas, sobre todo, tiritando de miedo y de angustia, se persignaban á cada relámpago y desfallecían al retumbo de cada trueno.

¡Adiós viaje á la Sierra! Pasada la propicia oportunidad del domingo aquél, papá—el señor Gutiérrez—seguramente meditaría, lo que en lenguaje doméstico quiere decir que papá revocaría su acuerdo.

Por fin la ironada fué alejándose. Quedó fresco y puro el aire; lavado el cielo, que ya azulaba, y tranquilo el espíritu de los Gutiérrez.

Las niñas, sin embargo, no pudieron volver á dormirse. Cuando sonó la hora de ir á la estación ya estaban en pie, tan acicaladas y gentiles dentro de sus leves vestiditos claros.

Acompañados de un amigo, natural del pintoresco pueblecillo, dedicaron toda la mañana á explorarle.

El pintoresco pueblecillo, al pie de la Sierra, comenzaba sonriendo en el andén de la estación y, á medida que se alejaba del andén, su sonrisa iba transformándose en ceño y su ceño en suciedad.

Allá, por las afueras, se alzaban numerosos hotelitos de juguete, preciosidades de infantil arquitectura holandesa, suiza ó británica excesivamente tentadores. La misma familia Gutiérrez—con unánime espontaneidad—reconoció que en ninguno de ellos podrían domiciliarse; los gastos presupuestos, muy reducidos, no lo consentían. Pensaron, desde luego, que pasar tres meses dentro de aquellas jaulitas, debía ser privilegio delicioso; pero, después de alegrarse tanto con esta suposición, continuaron la marcha envidiando, sin mucha hiel, á las perso-

nas pudientes que, por esas milagrosas mutaciones del dinero, advierten en las necesidades un regalado sabor á capricho.

La primera casa que vió la familia madrileña era muy bonita. Hallábase al pie del monte, entre formidables pedruscos y arbustos silvestres, de ramaje enfurecido.

Entraron. La vieron. El comedor, con balconcito volado al campo, les arrancó un gemido de placer. Tan lindo aposento estaba amueblado. Una mesa de pino bien barnizada; seis sillas con abarquillado asiento de madera; un aparador petulante; una lámpara oxidada; una jaula sin pájaro, y, en las paredes, cromos de esos que tienen crustáceos, frutas y caza de pelo.

Luego había un pasillo, y á la izquierda una alcoba, con cama de hierro, palanganero de lo mismo y una estampa amarilla de la Virgen. Otro pasillo. Otra alcobita con su lecho sumario. Y, finalmente, la cocina, el fogón desamparado y modosín, aguardando el tumulto de las cacerolas y de las canciones. Mil pesetas todo.

—¿Mil pesetas?—repitió el cabeza de familia sintiendo un temblor de agonía.

Todos se miraron. Discreto mutismo selló sus labios. Recorrieron nuevamente la casa. Por el pasillo, la señora de Gutiérrez—para dulcificar las esperanzas de la conversación—iba hablando del tiempo con la dueña del local

—¡Qué tormenta anoche!, ¿eh?
—Horrible. Creí que no amaneceríamos.
—En Madrid tronó muchísimo.

—No sería tanto como aquí. Entre estas montañas los truenos retumban que es un horror. Una chispa ha matado á un vecino, que por cierto fué concejal.

Las niñas de Gutiérrez, enamoradas de los encantos de la sierra, palidieron. ¡Caramba, y qué modo de atraer forasteros! ¡Con lo que á ellas les acobardaban las tormentas hasta en el teatro!

—¿Y dice usted que, lo último, mil pesetas?
—Sí, señor; no puede ser menos.

La propietaria miraba impasible al Sr. Gutiérrez.

—Es muy pequeña la casa
Ella, sin alma, se encogió de hombros
—Necesitamos, por lo menos, tres alcobas—insinuó la mayor.

La propietaria, vieja enlutada y de perfil brusco, propuso un medio eficaz.

—Pueden dormir, por la noche, en el comedor.

Los cinco Gutiérrez saludaron en el acto con la digna sequedad adecuada y se fueron á escape para comentar agríamente por el camino la catástrofe.

Algo cariacontecidos dispusieronse á ver otros cuartos. A todo ésto, el amigo que les acompañaba, ilustrándoles con multitud de pormenores, se había portado como cumple á todo hombre discreto.

Es decir: primeramente, les ponderó las exce-

lencias del clima, del sitio, de la colonia y de los comestibles, sin olvidar el agua—que era fina, gustosa y de notoria potabilidad.

Hizo derroche de optimismo. Allí costaba una futesa pasar el verano. La leche, riquísima; los huevos, inmejorables; las casas, frescas; el aire, un aperitivo sin rival. Además, por la estación pasaban al día cinco ó seis trenes, y estos sencillos acontecimientos daban motivo á animadas excursiones desde el pueblo á la estación, viendo á lo lejos los pinares, la sierra y las nubes. En tardes claras, desde la torre del campanario, se divisaba Madrid. Claro que algo aburrídilla resultaba la vida; pero trayéndose un gramófono y sabiendo jugar al tresillo se hacía más tolerable.

El chico de las de Gutiérrez comenzaba á encontrar todo aquello un tanto absurdo y grotesco, aunque jamás se le hubiese ocurrido alojarse en un palacio. Las hermanas, menos exigentes—porque soñaban con bajar todas las tardes en alpagatas á la estación cogidas del brazo de otras nenitas elegantes—, cuchicheaban entre sí. La madre procuraba convencer á su marido, argumentando que en el pueblo más insignificante no se encuentra una casa por menos de cien ó ciento cincuenta duros. Y el marido, abatida la frente, apartando con el bastón las piedrecillas que encontraba al paso, reflexionaba.

Entraron, poco antes de llegar al pueblo propiamente dicho, en otra casita. Enjalbegada, sencilla, conventual. Amueblada también, como todas. Tres camitas de hierro. Un comedor con láminas representando la historia de Genoveva de Brabante. Sillas practicables. Agua en el pozo. Dos acacias junto al pozo. Y el pozo en el corral.

—¿Cuánto?

—Seiscientas pesetas. La luz, ya lo sabrán aparte.

—¿Cómo aparte?

—Sí; la fábrica de electricidad tiene la costumbre, todos los años, de cobrar á los de la colonia cuatro pesetas por lámpara.

—¡Ah!

Minuto de confusión. La madre, por fin, se resuelve á regatear, con grande enojo de las hijas. Las hijas, viendo aquel cuarto amueblado—más triste é inhóspito que si no lo estuviese—, suspiran. El hermano sale á la calle, por donde transitan los primeros cerditos de la localidad, negros y gruñones. El amigo interviene, oficioso, en la discusión. Pero como el cuarto es pequeño y es caro sus diplomáticas gestiones fracasan.

Así continúa la peregrinación y avanza el tiempo. Todavía les queda esperanza. A ver: si se encontrase algo más arregladito...

Cuando penetraron en la entraña del pueblo, trazando calles como rúbricas sinuosas del siglo xvii, las casas de piedra viva, toscamente edificadas, ofrecían un curioso aspecto de aldea troglodita. Los convecinos iban y venían entre



olorosos montones de estiércol, filosóficos bueyes, recetales asustadizos y gallinas casquivanas.

Hondo silencio de paz se cernía sobre aquel apartado rincón de la tierra, donde hombres y animales, libres de la pesadumbre de la Higiene, de la Jerarquía y de la Urbanización, evocaban la *edad dichosa*, tan gallardamente encarecida á los cabreros por el ingenioso hidalgo. Piaban las aves; mugían los mamíferos. Eran las dos de la tarde y la familia de Gutiérrez desfallecía de hambre, de desilusión y de pena de ser pobre.

Después de comer se inició la era de los comentarios y de las concesiones. El pueblo era sucio—alegaban el padre y el hijo—: «¿Qué queréis, un pez gordo y que pese poco?»—argüían las mujeres.—Si fuese cosa de cincuenta ó sesenta duros...—decía el padre.—Mirad—exclamaba el hijo—, para vivir en una choza, entre abandono y ordinario, prefiero quedarme en casa. La madre, afligida, devoraba en silencio el último filete empanado.

No conforme ninguno de ellos, la conversación avivose hasta devenir en polémica. Intervino el amigo; se calmaron, al fin, y convinieron en que, para hallar algo á gusto, requiérese buscar con reposo y sin impacencias.

Vieron otra casita. Grande, enorme, imponente. No pudo ser. Otra: chiquita, cálida, llena de moscas. El precio convenía; pero, con moscas y todo, era insuficiente. La tercera: verdaderamente pueblerina, sin piso, en planta baja, obscura y fétida. La cuarta: espaciosa; pero allí habían fallecido sucesivamente dos vecinos: uno íflico y otro tuberculoso... Tampoco, pues, pudieron aceptarla.

Otra era muy sucia, muy triste y muy cara; pero tenía, en el patio, un pozo seco, pedregoso y ancho. Quinientas pesetas. Estaba en un sitio delicioso. A lo lejos, el horizonte, si se sabía guiñar los ojos, fingía el azul profundo del mar. Salieron de allí mustios. No, no era posible haber medido de aprovechar el pozo para siquiera dormir en él!

—¡Calla! ¡Calla!—exclamó la madre, reconvinendo con la vista á su marido, autor de tan sentimental observación— ¿Vamos á comenzar ahora con guasitas?

Las hijas, un tanto mortificadas ya por las vueltas y revueltas—no hay nada que acibare tanto los espíritus como el calzado estrecho—, protestaron también, apoyando á la madre. El cabeza de familia, harto paciente, juzgó llegado el momento de «meterse» con la familia. El hijo varón, golpeándose el muslito con una vara de arbusto, opinó filosóficamente que no podrían llegar aquella tarde á un acuerdo porque la tarde estaba «de chuffa».

Esta frase, favorecida por una violenta ráfaga de viento que le derribó el sombrero, hizo estallar el disgusto unánime. El mozo tenía la costumbre de no correr nunca tras de ningún sombrero propio, desafiando estoicamente á la fatalidad. En cambio, se ponía de un humor endemoniado. Y allá fueron las réplicas iracundas y las dúplicas coléricas y los gritos y las palabrotas. La madre, apoplética, buscaba un árbol sobre el que desmayarse cuando la oportunidad—que se acercaba por momentos—lo requiriese; las hijas esgrimían con bastante éxito la sátira; el padre, como no podía dar puñetazos, porque en las calles no hay mesas á mano, juraba ó

volvía á jurar que todas las mujeres son inaguantables, lleven ó no lleven corsé, y que la sierra era un camelo á cincuenta kilómetros de Madrid, y á mil metros de altura, «para despistar».

El amigo, sonriendo conejilmente, se retorció el bigote, lo cual nunca deja de ser un recurso. ¿Cómo salir de situación tan violenta? El régimen climatológico de aquellas latitudes solucionó el caso, desencadenando una tempestad forfísima y tremenda. Lluvia á torrentes, exhalaciones aparatosas, ráfagas huracanadas, anochecer precoz y lúgubre. La familia depuso sus antagonismos circunstanciales refugiándose en un cobertizo con pretensiones de establo, cuando ya los vestidos chorreaban y los sombreros y las cabelleras, apelmazados, afligían el corazón más duro. La tormenta duró cerca de dos horas. Los viajeros perdieron «su» tren y tornaron á Madrid á media noche, aterradores é intratables.

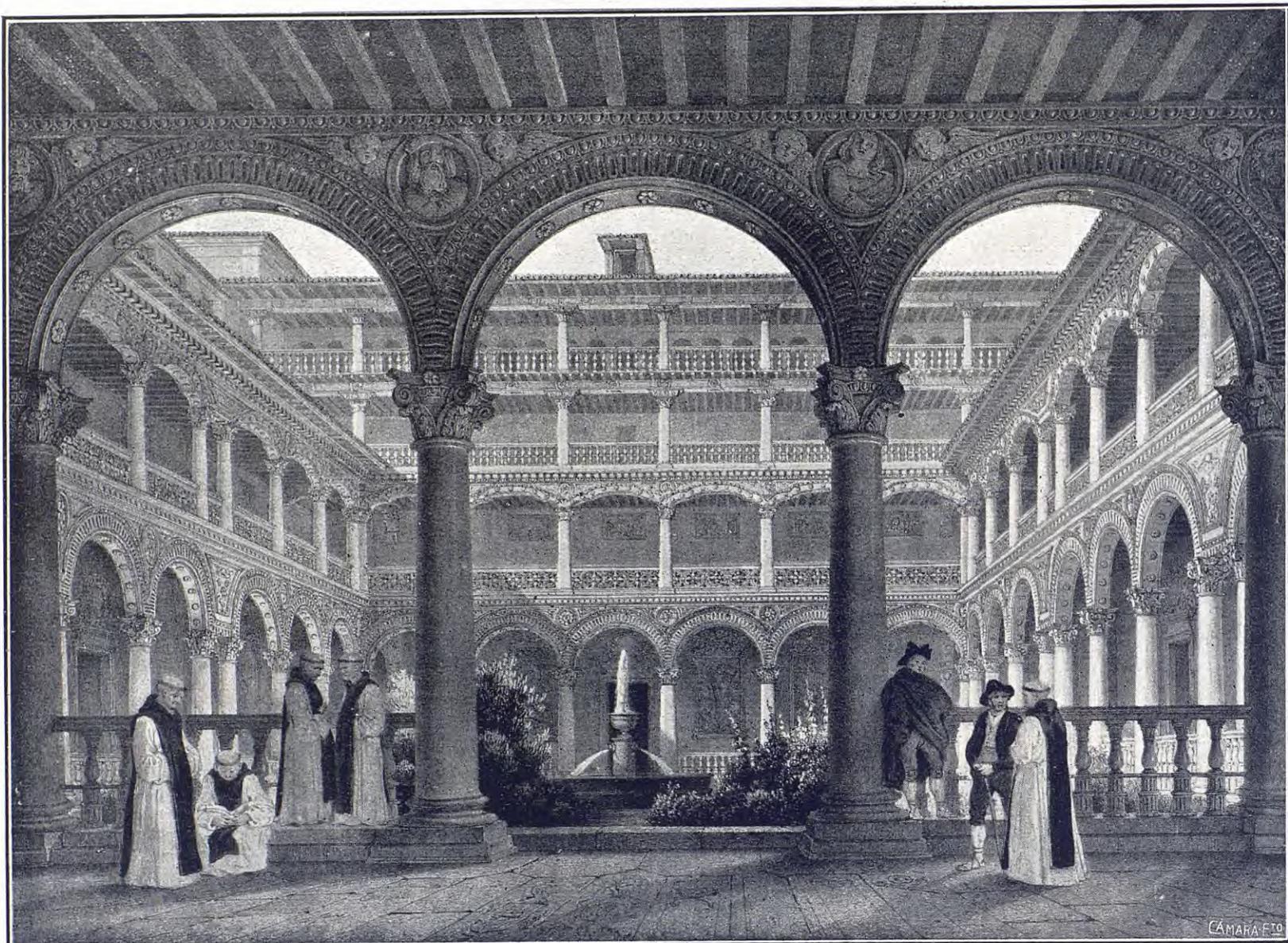
La familia Gutiérrez volvió, no obstante, á la sierra, y ha encontrado una casita de peones camineros donde no pagan más que trescientas pesetas por media temporada. Allí, entre el cacareo de las gallinas y el fragor de los trenes que pasan, se ensimisman dulcemente. El hijo varón, menos adaptable, ha optado por seguir con su padre en esta corte. El hijo veranea por el día en su alcoba y por la noche en la Cuesta de las Perdices. El padre es ese señor craso, rojo y pequeñito que veréis todas las tardes, de seis á ocho, abanicándose en el tranvía Bombilla-Hipódromo en cuanto se le pase el catarro intestinal que debe al primer mantecado de fresa.

E. RAMÍREZ ANGEL

DIBUJOS DE ROBLEDANO



MONUMENTOS ESPAÑOLES
EL MONASTERIO DE LUPIANA



Claustro del Monasterio de Lupiana, según una estampa antigua

El edificio de la que fué residencia de los Padres Jerónimos de Lupiana, constituyó en su época primitiva un humilde y sencillo claustro que don Alonso Carrillo, Arzobispo de Toledo, restauró en 1465 con mejor ornato. Años más tarde, y merced á las donaciones hechas al Monasterio por los reyes Juan I y II y á la benéfica ayuda de la duquesa de Arjona, de la ilustre familia del duque del Infantado, pudo ampliarse la nave del templo y labrar su techumbre de madera y el retablo principal. Transcurrieron bastantes años antes de que la vieja residencia fuese sustituida por el edificio que hoy se conserva, y cuyos planos fueron hechos por el célebre arquitecto de Felipe II, Juan de Herrera, autor asimismo de los del Monasterio del Escorial. A esta circunstancia se debe, sin duda alguna, que entre el Monasterio de Lupiana y el del citado Real Sitio se observe cierta semejanza, y aunque el parecido es pequeñísimo, y sólo en la parte exterior, nosotros le reseñamos cumpliendo nuestro deber de informar al lector de las particularidades de cada uno de los monumentos, cuyas informaciones publicamos.

La fachada, de frontispicio triangular, la portada de estilo dórico y la pétrea torre que termina en una reducida cupulilla, son—puede asegurarse—una imita-



Púlpito mudéjar de la sala capitular

ción, ó mejor dicho, una remembranza de la «octava maravilla». También recuerda algo del célebre Monasterio, la forma en que se hallan dispuestos el coro alto, que ocupa casi toda la nave, el amplio crucero y la esbelta capilla mayor, á cuyo lado se hallan situadas las tribunas, y asimismo las figuras é historias de la orden, pintadas al fresco en sus bóvedas y paredes. No debemos dejar de consignar que el estado en que se conservan las pinturas es realmente admirable.

Lo más interesante del Monasterio de Lupiana, es el claustro mayor, obra maestra de Berruguete, cuidadosamente restaurado por su actual propietario el excelentísimo señor Marqués de Barzanallana, bajo la acertada é inteligente dirección de los Sres. Mélida y Gisbert. Este claustro fué construido hacia la mitad del siglo XVI y en sus arcos, de forma semicircular en el primer cuerpo y rebajados en el segundo, se observa una bellísima profusión de ornamentaciones, tachonados y balaustres de estilo gótico, que forman un sugestivo y hermoso conjunto.

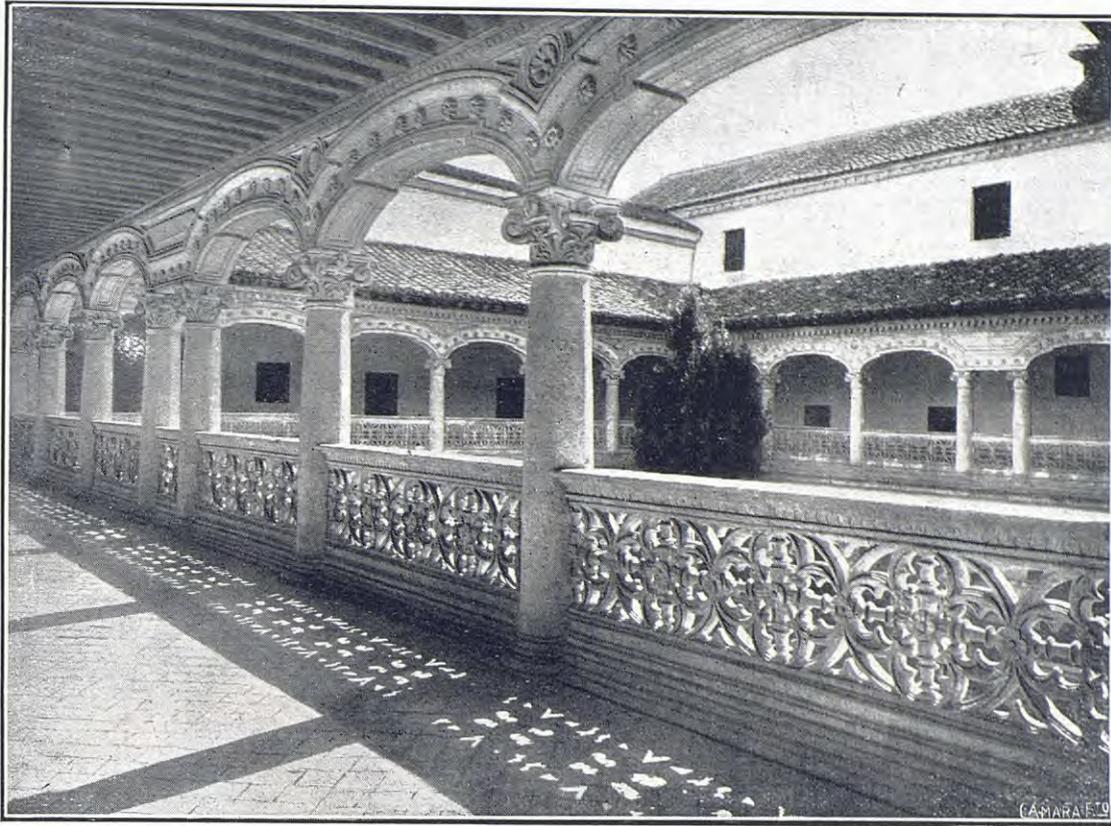
En la galería superior y en una ala del claustro, se elevaron posteriormente dos galerías más, y en ellas se construyeron, en lugar de arcos, impostas y arquivadas, y unos balaustres de piedra y madera. Estas obras destruyeron algo

la estética y simetría del conjunto, pero á pesar de ello, no bastan á deshacer el todo de belleza y magnificencia de este claustro, que, como antes decimos, es uno de los más hermosos que posee España.

Son también notabilísimas las obras realizadas por los monjes para llevar hasta los hermosos jardines que rodean el Monasterio, el agua riquísima recogida por las exudaciones de las montañas, y que es conducida hasta el edificio por túneles de admirable construcción.

La situación de lo que fué Monasterio de los Jerónimos y hoy es propiedad del noble Marqués de Barzanallana, es muy sugestiva y pintoresca, pues se halla enclavado en una elevada colina, sembrada de abetos y encinas, á 18 kilómetros de Guadalajara, en las abruptas montañas de la Alcarria. Si todos nuestros aristócratas imitasen al nobilísimo prócer que actualmente es poseedor del edificio que hoy nos ocupa, adquiriendo la propiedad de los innumerables templos antiguos que poseemos en España, tan abandonados y tan desconocidos, otra cosa sería de nuestra incalculable riqueza monumental...

Terminaremos estas líneas relatando una anécdota referente á los mon-



Claustro alto del célebre patio de Berruguete (siglo XVI)

jes del Monasterio de Lupiana. Cuéntase de ellos que á pesar del mucho trabajo que ejecutaban diariamente, decíase en el pueblo que eran tan parcos en la comida, que sólo se alimentaban con dos albóndigas de carnero al día, á pesar de lo cual conservábanse tan sanos y rollizos como pudiera estarlo el más recalcitrante comilón.

Hasta tal punto llegó el asombro de los naturales del pueblo ante aquel inusitado caso de milagrosa nutrición, que uno de ellos, el más decidido, tuvo la osadía de interrogar al prior, de esta manera:

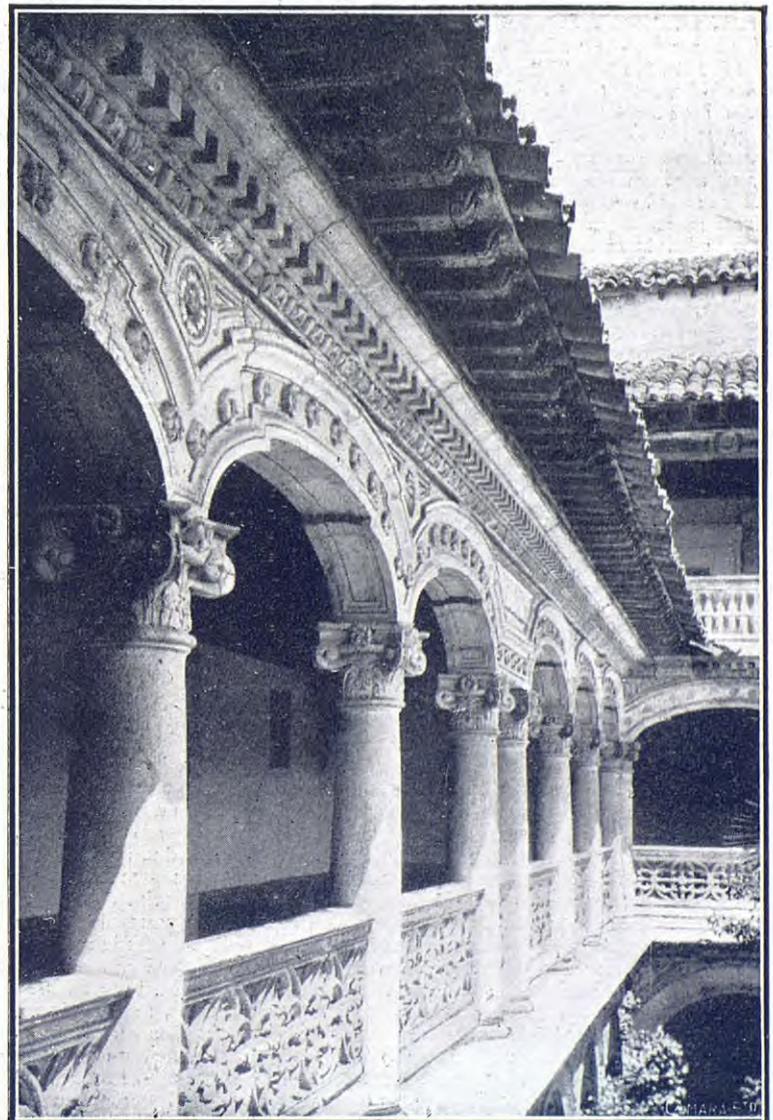
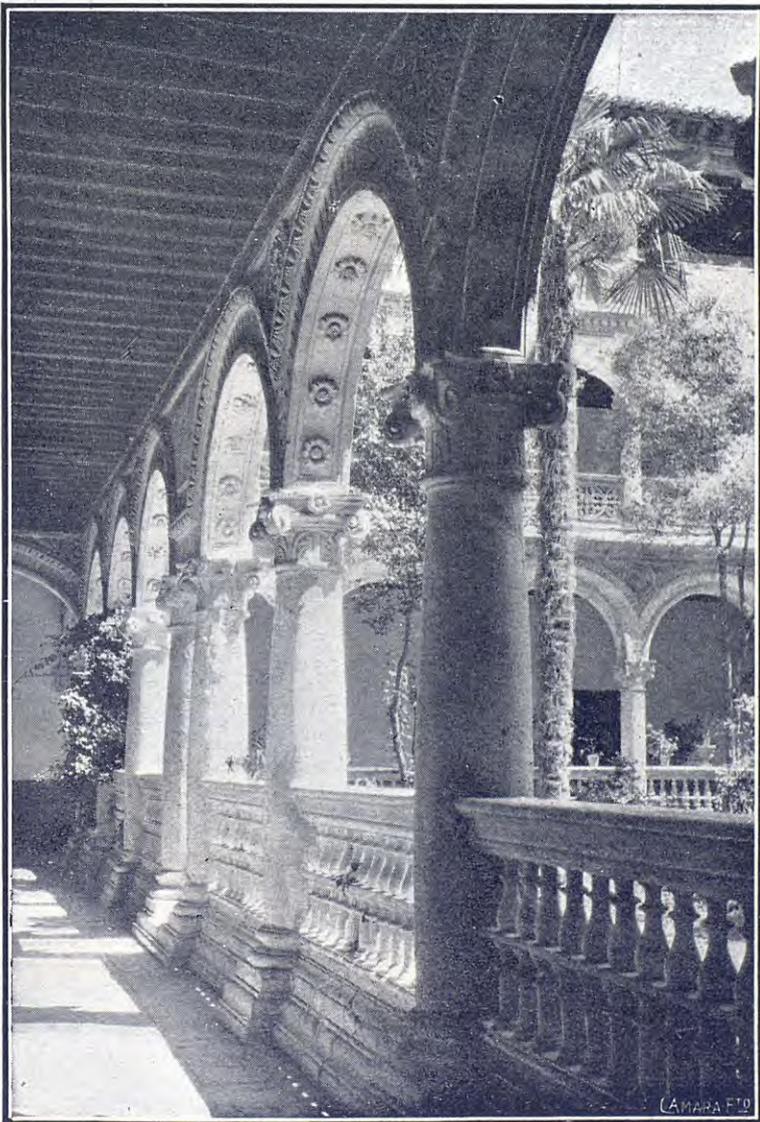
—¿Es cierto, padre prior, que vuestra merced y sus compañeros de hermandad se alimentan tan sólo con dos albóndigas de carnero al día?

A lo que el reverendo hubo de contestar, con la cachaza inherente al cargo:

—Sí, hermano, sí; dos albóndigas solamente son nuestro alimento cotidiano.

Y añadió, al ver el más vivo asombro pintado en el rostro del preguntón:

—Pero debo advertiros, hermano, que no hacemos sino tres de cada carnero. —ABELARDO QUINTANAR



Detalles del magnífico claustro del Monasterio de Lupiana



La Moda Femenina

FRENTE al sol, sintiendo la caricia voluptuosa de la brisa del mar, abstraída de la reunión de elegantes donde se discufían las últimas creaciones de la moda, fijos los ojos quietos en la inmensidad azul, que allá lejos se confundía con la serenidad también azul del cielo, pensaba yo en un rosado horizonte de amor donde dos almas igualmente encendidas en el fuego sagrado del cariño pudieran fundirse sin engaños de la vista en un sólo afán, una palpitación y un mismo y único deseo, cuando el *groom* del hotel, el minúsculo «Baby», me entregó LA ESFERA.

Un repentino movimiento de curiosidad se adueñó de mis lindas tertulianas y reflejó en los nácares de sus mejillas con impacientes vehemencias infantiles. Dejaron de aletear los abanicos, para reposar sobre las faldas, y en torno á mi cabeza se agrupó la inquietud de las otras cabezitas nerviosas, componiendo un cuadro digno de los pinceles de Watteau.

Pasaban las hojas entre un total silencio que ya

entre mujeres era un homenaje de admiración y de interés; alguna mano aristocrática indicaba la belleza de un dibujo, algunos ojos claros leían con deleite un madrigal... Se nos ofrece la sorpresa en un figurín de playa, que es una extravagancia yanki, y entonces rebulle un poco el concurso y se levantan las miradas hacia mí, que por no explicarme aquella general atención, me turbo.

Alguna ha leído las galanterías con que me regala José Francés y sale á capítulo la esbeltez de mi cuello, la armonía de mi cuerpo menudo, y sobre todo, la abundancia de mi cabellera, que brilla al sol como un haz de oro.

Yo estoy un poco avergonzada. Me parece oír á Francés, en la redacción, abandonado á un impulso pasional declarándome su amoroso tormento con la música de una zarzuela:

*Si te murieras me ahorcaba
con la trenza de tu pelo...*

Estábamos solos; aquello resultó un poco ri-

dículo y yo reí, reí sin tregua, hasta que el ilustre compañero se marchó arrepentido de su folletinesco arrebató.

Ahora, con el hallazgo de este figurín, la sutil ironía de su brillante talento se venga de nosotras con perfidia, que variando la situación él hubiera calificado de femenina. Pero... ¡perdón, amigo! Reuní más aún á mis compañeras, y muy bajito, confidencialmente, les conté el episodio de la redacción.

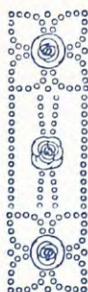
Nació la risa franca y cristalina, como un jocundo comentario. Y en opinión de todas, quedó usted descañificado en clase de romántico amador. El encanto en que habían aprisionado á algunos espíritus sentimentales las narraciones maestras de sus libros, naufragó en aquellas risas, que resumían la crueldad de una burla. ¡No se meta usted nunca con las mujeres, insigne compañero, y gracias, muchas gracias, por sus bondadosas galanterías!

ROSALINDA

LAS FUENTES DE LA VIDA



Cuando rompe en clara risa tras la bruma volandera
la mañana y de los faunos en los labios sensuales
brota el agua rumorosa como hervor de piedras finas
que en el fondo de la alberca silenciosas se deshacen,
en los bosques recatados en que el sol no pasa, y fijo
en la indócil esmeralda de las hojas brilla y arde,
en los antros caprichosos donde á expensas de los dioses
edifican las driadas sus espléndidas ciudades,
fuyen fuentes sigilosas que socavan el granito,
gota á gota, perla á perla, cantarinas y feraces.
Da el amor, en apacibles ondas llenas y formadas
por las lágrimas inútiles que prodigan los amantes;
mana el chorro del olvido, turbias aguas de recuerdos,



y á la sombra de los mirtos la esperanza hincha su cauce;
pero en medio de estas fuentes, de frescura regalada,
que entre lívidas arenas van quebrando sus cristales,
un remanso de odio ajeno, verde, inmóvil, falso y hondo,
al que sueña con la vida le detiene el paso fácil.
¿Qué me importa?, imusa mía!, ¡la de rubia cabellera!,
¿qué me importa que me invoques!, ¿qué me importa que me lla-
y que, al soplo de tus sueños, mil ampollas irisadas, [mes,
como inútiles presagios tu ilusión deje en el aire
si se rompen en las heces donde el loto sobrenada
y se anegan tus ensueños y florecen mis pesares?

Leopoldo López de SÁA

LO QUE FUE TEMORES Y TRISTEZAS

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)

EMPEZABA el año 1885 y en Madrid sentíanse vivas inquietudes por la situación de la clase obrera. «No hay trabajo; no hay medio de atender á tantos jornaleros sin empleo, sin pan.» Este era el cantar diario en periódicos y círculos de diversa condición. En efecto, la crisis fué tan viva que por las calles anduvieron durante muchos días como unos mil hombres á quienes no era posible colocar en ninguna parte, y eso que entonces hallábase en apogeo la fiebre de construcción que para bien suyo tuvo durante mucho tiempo la Corte de España. Aquellos mil desocupados (no pasarían de mil) que vagaban por calles y plazas en continuas y resignadas manifestaciones, produjeron extrañeza, y hasta miedo. Años después, no uno, sino varios millares de trabajadores, han recorrido nuestras calles demandando ocupación para ganarse el sustento y los madrileños los han visto desfilar sin el menor asomo de inquietud.

Con las de aquella fecha se mezclaron en las conversaciones las motivadas por el grato efecto que produjo el teléfono, instalado entonces como servicio público. Los vecinos de Madrid estábamos como chiquillos con zapatos nuevos, pues la novísima comunicación urbana sirvió á todos de contento. Es decir, á todos no; recuerdo que los dueños de carruajes de punto se quejaron porque el teléfono iba á quitarles clientela. Para la implantación de cualquier progreso hay siempre resistencia rutinaria. Son infinitos los que quisieran que el mundo detuviese su andar mediante el cual todo se transforma y renueva. Así se explica que al implantarse el teléfono público mostrara recelos el implacable egoísmo. ¡Y pensar que la novedad de hace treinta años dentro de pocos habrá que suprimirla por vieja! Sí, porque la radiotelefonía pronto ha de aplicarse y por vetustas se relegarán las innovaciones que excitaban la curiosidad española en el año 85 del pasado siglo.

Tuvo España entonces el gran pesar que le causó la catástrofe de Andalucía y para su consuelo usó de sus arranques característicos don Alfonso XII. El inolvidable monarca recorrió las provincias de Málaga y Granada, arrasadas por los terremotos, animando y socorriendo á los infelices que vieron convertidos en escombros sus hogares. La presencia del Rey en los pueblos arruinados produjo honda y general emoción. D. Alfonso, generoso, decidido, sin cuidarse para nada de la dolencia que había de arrebatarle pronto al cariño del pueblo español, peregrinó al través de los escombros, ofreciendo socorros positivos á las multitudes que le aclamaron enternecidas por la gratitud.

Con el Rey D. Alfonso XII fueron representantes de la prensa, del comercio, de las clases sociales que habían acudido á la suscripción nacional dando muestras de positivo y fecundo patriotismo.

Así se explica que las conversaciones rodasen siempre acerca de los sucesos de Andalucía y que produjeran consternación los relatos que publicaron los periódicos, siempre dentro de la sobriedad que apenas se comprende ahora cuando cualquier liviano suceso da á las plumas y á las máquinas fotográficas amplio y perseverante empleo.

Pero á pesar de que la catástrofe de Granada y Málaga casi acaparó la atención española en la época que aludo, no estuvieron ociosos los comentarios políticos. Los más vivos nacieron de un debate célebre mantenido de una parte por Castelar y Albareda; de otra parte por D. Alejandro Pidal y D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Fué aquel torneo de elocuencia sublime en verdad. Los alardes retóricos menudearon y sabido es que son añejas las lamentaciones



D. JOSE LUIS ALBAREDA

contra el lirismo cuando se trata de exponer y remediar los males que afligen al país; pero... si no se agraviasen—que Dios me libre de intentarlo siquiera—quienes á la sazón alardean de grandes retóricos en el Parlamento, les diría que la elocuencia frondosa de un Castelar y la profunda de un Menéndez y Pelayo también parecerían ahora cosa excelente, por lo mismo que en estos tiempos no hay adalides capaces de mover las armas de los Roldanes de entonces. Se comprende que un debate político en el Congreso durase quince días cuando estaban á la vez en lucha caudillos como Castelar, Martos, Cá-



D. MANUEL ORTEGA MOREJÓN

novas, Moret, Pi y Margall, Pidal, Salmerón, Sagasta...; cuando eran considerados como segundones Silvela y Carvajal; cuando aparecían como esperanzas Canalejas y Maura. Dejando á un lado cariños y conveniencias actuales, ¿no es verdad que la vida parlamentaria española ha cambiado mucho y que el cambio no inclina el ánimo al orgullo?

Y ya que por comparación los acontecimientos del 1885 que evoco me llevan á pensar en estos días, diré que en aquéllos hubo una situación de gran tirantez entre los representantes de Cataluña y el Gobierno. Todo lo produjo un *modus vivendi* contra el que protestaron los elementos proteccionistas de Barcelona. Surgieron las airadas actitudes, las calurosas amenazas y al cabo y al fin sucedió lo de siempre. El Gobierno envainó el arma que había echado al aire y los representantes de Cataluña lograron su objeto, claro está que sin hacer alardes de su positiva victoria.

Por aquellos días supo Europa entera que Alemania celebraba unas fiestas en honor de Bismarck al cumplir el canciller los setenta años. Se habló mucho de paz y se convino en discursos pomposos que después de las contiendas pasadas no se perturbaría el sosiego del mundo con el estrago de las batallas. En efecto, desde entonces ha habido varios choques internacionales; los medios mortíferos se han multiplicado extraordinariamente y el número de víctimas se cuenta por cientos de millares. ¡Y viva la paz!

Con ella y en gracia de Dios, á pesar de los pesares, lo pasamos al principio del 1885 en Madrid regularmente, oyendo cantar á Massini en el Real, donde estrenaron una ópera española titulada *El Príncipe de Viana*, que duró lo que las rosas. La letra era de D. Mariano Capdepón y la música de Fernández Grajal. Por cierto que en la noche del estreno ocurrió un lance chusco.

Acercose á un grupo de críticos cierto señor ya desaparecido de la tierra, en la que brilló más por su fortuna que por su ingenio.

—Hombre, ¿han visto ustedes?—exclamó—. La Empresa está dejada de la mano de Dios.

—¿Por qué?

—Lean el cartel y después de leerlo peguen un palo al empresario.

—¿Por qué?

—Pues porque en el anuncio han puesto Príncipe de Viana en vez de Príncipe de Viena.

Y uno de los requeridos explicó, entre las risas de los compañeros:

—Amigo mío, usted confunde al Príncipe con el pan que en efecto se llama de Viena.

Si la ópera española citada no tuvo suerte, en cambio la consiguió extraordinaria una opereta de Offembach que convirtieron en zarzuela en un acto Pina Domínguez y el maestro Nieto. *La diva* es el título de la obrita que se ha representado millones de veces, que valió á los arregladores muchos miles de duros y dió motivo para lucirse á dos típles de mucho mérito que hoy viven en sus hogares lejos del mundo y de sus vanas pompas.

De los estrenos de aquel período recuerdo el de un drama en tres actos y en verso titulado *Epílogo de una culpa*, en el que inició su carrera literaria el ilustre Magistrado de hoy D. José María Ortega Morejón. Por cierto que Antonio Vico estuvo entonces enfermo de mucha gravedad y pudo sacarle á flote el insigne Doctor don Manuel Ortega Morejón, el padre del poeta, un veterano de la Medicina española que aún vive, apartado de la profesión, pero cerca de los muchos que guardan de su ciencia y de su bondad señales indelebles.

Por la transcripción,
J. FRANCOS RODRÍGUEZ

LAS HECATOMBES DE LA GUERRA



Los supervivientes del 2.º batallón de Fusileros de Munster ocupando las trincheras alemanas sobre la carretera de Loos-Hulloch, conquistadas por las tropas inglesas á costa de 50.000 hombres y un millón de granadas

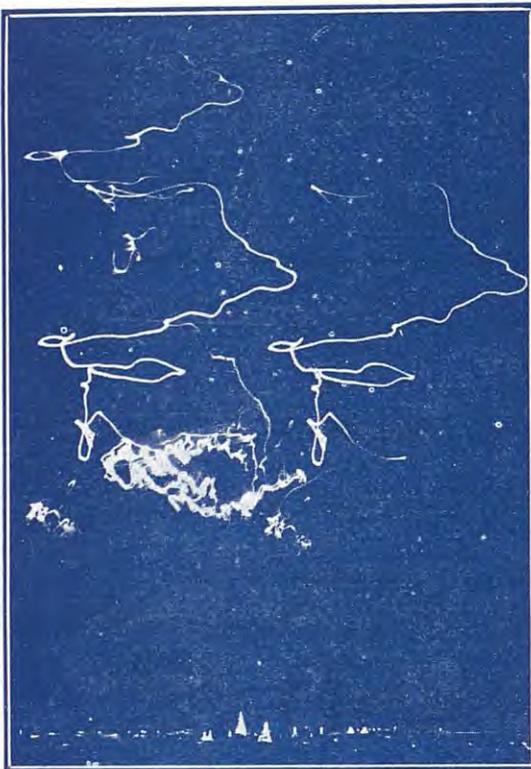
DIBUJO DE MATANIA

DE NORTE A SUR

La nieta de Icaro

Miss Katherine Stinson es la nieta de Icaro. No derretirá el sol sus alas porque los hijos del náufrago en el mar Egeo ya supieron hacerlas de algo más resistente que la cera. No se lanza al enigma tentador de los vientos sin otra defensa que su audacia. Pero tal vez esta audacia sea más fuerte que el motor de su aeroplano, y si no muere como el mitológico hijo de Dédalo, puede morir como los competidores de Pegoud y como Pegoud mismo, el inventor de los vuelos cabeza abajo.

La señorita Catalina Stinson tiene unos largos cabellos rubios, unos ojos claros, azules, que parecían ya destinados a contemplar las inmensidades en una interrogación viajera, y tiene,



Trayectoria ígnea del vuelo nocturno realizado por Miss Katherine Stinson, en Nueva York

por último, muy pocos años. Todavía no ha cumplido los veinte y ya es *the queen of the Sky*. Todo esto parece un poco tentador para los hombres, y como es natural, a la señorita Catalina Stinson no le faltan pretendientes.

Pero la señorita Stinson no se conforma con una vida vulgar y plácida de proveedora de unidades al ejército o a la industria o a la abogacía. No se resigna a envejecer contemplando desde la terraza el cielo azul. Prefiere dar a su vida una emoción de vértigo y de locura. (Claro es que vértigo y locura bien diferentes del concepto europeo que, cuando de mujeres se trata, es demasiado a ras de tierra.)

En vez de contemplar el cielo, atravesar las celestes é inominadas rutas. Lejos de seguir con los ojos, nublados por sentimentales lágrimas las esplendorosas agonías del sol, hundirse en los fantásticos volcanes del véspero, acechando el secreto de los vibrantes caminos, las finas opalescencias, las rosadas glorificaciones, viendo cómo las lonas de su aeroplano adquieren esos cálidos tonos que las lonas de las embarcaciones marítimas en los retornos de atardecido... Reina del espacio y no a la manera de aquellas funámbulas de la sombrilla japonesa y el faldellín de terciopelo que en los circos de nuestra infancia cogían el pañuelo con los dientes a los acordes de un vals dulzón.

Miss Catalina Stinson es yanqui. Arden en su sangre las preguntas a la Quimera. Donde otras mujeres sonríen, dudan y vuelven la cabeza, no para convertirse en estatua de sal, sino para encontrar un novio, la señorita Stinson da un salto y deja a los novios con la boca abierta.

Porque va más allá de todas las presunciones. Los jóvenes del gorro blanco y los jerseys de lana que dan volteretas más ó menos volun-

tarias sobre la nieve, no se atreven a imitar ya a la señorita Stinson y renuncian generosamente al título de «rey consorte» del espacio y del *looping-the-loop*. Aunque luego las generaciones venideras contemplasen su sepulcro en un templo de New-York como ahora contemplamos el de los Reyes Católicos en la Catedral de Granada.

La tentación de inmortalidad es menos fuerte que la de vitalidad, y lo probable es que la señorita Catalina Stinson, que todavía no ha perdido la cabeza por el amor, la pierda por el gusto de dar vueltas en el aire «rizando el rizo», seis, siete, quince veces seguidas...

Y aún más. Al fin y al cabo, esto de rizar el rizo a la luz del día sin otra finalidad que desafiar el peligro, no le parecería bastante. Y entonces realizó sus vuelos en la noche lanzando luces de bengala y cohetes, y trazando en surcos de fuego su trayectoria sobre el cielo negro. Demostró, además, cómo puede bombardearse una ciudad indefensa. Un poco tardíamente, sin duda, porque ya lo habían demostrado de más trágico modo los mocetones que tienen también ojos azules y cabellos rubios, no peinados en bucles, sino rapados con la máquina cero.

La señorita Stinson, hija de su siglo, va más allá de las muchachas románticas de otra época que, en las noches claras, interrogaban melancólicas los parpadeos irónicos de Sirio y de Venus. Gira en torno de ellos y parece envolverles en latigazos de luz, más brillante que la suya tranquila y serena.

Muchos siglos antes y muchos siglos después de estas arrogancias, Sirio y Venus parpadeaban misteriosos, irónicos y seguirán parpadeando, como la indiferencia de la Naturaleza sobre las piruetas grotescas ó geniales de los hombres. Y ahora de las mujeres también.

La vida primitiva

Mientras millones de hombres europeos se matan entre sí por demostrar que la civilización no sirve de nada en cuanto despierta en nosotros el adormecido instinto de la barbarie primitiva, los americanos han tenido el capricho de retroceder más aún.

Muerte de trogloditas hallan en Europa los que manejan el rayo y poseen el secreto de asesinar impunemente a centenares de individuos sin más que oprimir un botón ó abrir las espitas de unos depósitos pestíferos. Vida de primitivos isleños hallan en América los que manejan millones de dólares. Para satisfacer la ambición trágica de uno ó dos jefes de Estado, aquéllos; para solaz y esparcimiento inofensivo, éstos.

No es extraño que prefiramos a los últimos, que en Boston han sentido la necesidad de retroceder a la prehistoria por unos cuantos días y a la orilla del mar, lejos de toda modernavivienda.

Como si se dieran cuenta de pronto que toda la complicada indumentaria contemporánea es innecesaria, las damas y caballeros que han evocado en Marshalls Hall los dichosos tiempos prehistóricos, no cubrían sus carnes sino con unas toscas túnicas de hierbas y arbustos. Saltaron las cabelleras, dejaron libres y desnudas las piernas, los pies, los brazos, y bajo la gloria del sol sobre las rocas, renunciaron a la vida pretérita...

Desde hace algún tiempo y precisamente en los países que se consideran como más



Damas y caballeros de la buena sociedad de Boston, haciendo vida primitiva en Marshalls Hall

pudorosos y castos, se inicia el *goce de la desnudez* y adquieren prosélitos los *amigos de la luz*.

Aquella noble exaltación del desnudo que hizo fuerte a Esparta, rescita en la península de Kullen a la entrada del Kategatt en Suecia y crea en el parque deportivo de Lankwitz, el *Freye Bund*, a las puertas de Berlín, donde pasean, juegan y toman el sol, sin que la decencia sufra lo más mínimo, hombres y mujeres, completamente desnudos. Los aristocráticos intérpretes del prehistórico *South Sea Islander* en los Estados Unidos, no se atreven a tanto.

Pero a todo se llegará, porque hay un aforismo latino que lo disculpa y lo autoriza.

Naturalia non sunt turpia.

José FRANCÉS



Miss Katherine Stinson, la reina del espacio, que ha realizado atrevidos vuelos de "looping-the-loop", en Nueva York